

-6-

# RUY BLAS

DRAMA EN VERSO

6.

ESCRITO EN FRANCES

POR

VICTOR HUGO,

TRADUCIDO EN VERSO ESPAÑOL

POR

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.



SANTIAGO DE CHILE.

IMPRESA DE LA REPÚBLICA, DE J. NUÑEZ.

Setiembre de 1884.

## PERSONAJES.

---

RUY BLAS	COVADENGA
DON SALUSTIO DE BAZAN	GUDIEL
DON CÉSAR DE BAZAN	UN LACAYO
DON GURIDAN	UN ALCALDE
EL CONDE DE CAMPO-REAL	UN UJIER
EL MARQUES DE SANTA CRUZ	UN ALGUACIL
EL MARQUES DEL BASTO	DOÑA MARIA DE NEUBOURG, reina de España
EL CONDE DE ALBA	LA DUQUESA DE ALBUQUERQUE
EL MARQUES DE PRIEGO	CASILDA
DON MANUEL ARIAS	UNA DUEÑA
MONTAZGO	UN PAJE.
DON ANTONIO UBILLA	

Damas, señores, consejeros privados, pajes, dueñas, alguaciles, guardias, ujieres de cámara i de corte, etc., etc.

La escena en Madrid en 169....

---

# ACTO PRIMERO.

---

DON SALUSTIO.

El salon de Danae en el palacio del rei, en Madrid. Muebles magnificos al gusto medio flamenco del tiempo de Felipe IV. A la izquierda una gran ventana con bastidores dorados i vidrios pequeños. A ambos lados una puerta baja que da a algun departamento interior. Al fondo un gran tabique de vidrio de bastidores dorados, que da paso a una ancha galería por una gran puerta de lo mismo. Dicha galería, que atraviesa todo el teatro, está oculta por inmensas cortinas. Una mesa, un sillón al lado i recado de escribir.

Don Salustio entra por la puerta de la izquierda seguido de Ruy Blas i de Gudiel que lleva un cofrecillo i diversos paquetes, como dispuestos para un viaje. Don Salustio viste de terciopelo negro, traje de corte del tiempo de Carlos II; el toison de oro al cuello; sobre el traje negro un rico manto de terciopelo verde claro, bordado de oro i forrado en raso negro; espada de gran empuñadura; sombrero con plumas blancas. Gudiel viste de negro, con espada al cinto. Ruy Blas viste librea, polainas i chaleco oscuro, casaca roja galoneada de oro, sin sombrero i sin espada.

## ESCENA I.

DON SALUSTIO DE BAZAN, GUDIEL, RUY BLAS, por momentos.

D. SALUST. Ruy Blas, cierra aquella puerta;  
Bueno... Abre la ventana.

Ruy Blas obedece; luego a una seña de Don Salustio se va por el fondo. Don Salustio va a la ventana.

Aún duermen aquí todos;  
I va a despuntar el alba.

Se vuelve bruscamente a Gudiel.

¡Ah! pero esto ha sido un rayo!  
¡Sí! mi poder ya no es nada!

¡Gudiel, estoi despedido!  
¡Caí por siempre en desgracia!  
¡Perderlo todo en un día!  
¿I por qué? ¡vaya una causa!  
Por un lijero amorcillo,  
¡Una intriga como tantas!  
Aunque a mi edad, yo convengo,  
Es tontería de marca.  
Porque seduzco una chica,  
I porque la tal muchacha  
Es doncella de la reina  
I llorando me demanda,  
I porque llega con su hijo  
Del rei a la propia cámara,  
Mandan que la haga mi esposa;  
Yo me niego, cosa es clara,  
¡I me destierran! I veinte  
Años de tarea amarga,  
I mi nombre que en el pueblo  
Temblando se pronunciaba;  
El jefe de la familia  
De Bazan, la gran prosapia;  
Mi crédito, mi poder,  
Todo lo que yo soñaba,  
Dignidad, empleo, honores,  
Todo al fin se despedaza,  
I todo en un día cae  
En medio las risotadas  
I las burlas espantosas  
De la corte i la canalla!

GUDIEL. Monseñor, aún nadie sabe...  
D. SALUST. Pero se sabrá mañana...  
Cuando ya habrémos partido.  
¡Que mi nombre así no caiga!  
No caigo! Desaparezco.

Se desabrocha violentamente el jubon.

¡Por Dios, que te has dado traza  
Para abrocharme! apretaste  
Sin mirar que me ahogabas.

Se sienta.

¡Oh! pero voi a construir  
Una zapa subterránea,  
Oscura, inmensa, profunda...  
I ¡ai! de los que en ella caigan!  
¡Despedido!

Se levanta.

GUDIÉL. I este golpe,  
Monseñor, que así os agravia,  
¿De quién viene?

D. SALUST. De la reina.  
¡Oh! yo he de tomar revancha!  
Gudiel, tú que me conoces  
Porque has educado mi alma,  
Tú que tan bien me has servido  
Siempre en las cosas pasadas,  
Tú sabes cuánto en la sombra  
Mis pensamientos alcanzan.  
Yo parto; voi a Castilla,  
A mis tierras solitarias,  
I allí... allí pensaré...  
¡Pardiez!... ¡Por una muchacha!  
Arregla, pues, la partida  
Mientras digo una palabra  
A aquel bribon que tú sabes.  
¿Me servirá?... ¡Por mi alma!  
Todavía hasta esta noche  
Es mi voz la que aquí manda.  
¡Oh! sí! yo me vengaré!  
¿Cómo?... el cómo aun se me escapa;  
¡Pero debe ser horrible,  
Infernal esta venganza!  
Vé, Gudiel, con mucha prisa  
Prepáralo todo, i calla.

Gudiel saluda i se va.

¿Ruy Blas?

RUY BLAS. Apareciendo por el fondo.

¿Excelencia?

D. SALUST. Atiende:

Como estamos hoi de marcha,  
Preciso es dejar las llaves  
I cerrar bien las ventanas.

RUY BLAS. Mui bien, monseñor.

D. SALUST. Escucha:

La reina mi soberana  
Por aquella galería  
Ha de pasar a su cámara  
Cuando vuelva de la misa;  
Preséntate ahí sin falta.

RUY BLAS. Monseñor, ahí estaré.

D. SALUST. Mirando por la ventana.  
¿Ves aquel hombre en la plaza,  
Que porque muestra un papel  
Le deja pasar la guardia?  
Hazle señas de que suba  
Por la escalera escusada.

Ruy Blas obedece. Don Salustio le muestra la puerta de la derecha.

Antes que nos separemos  
Ve si en la contigua sala  
Están los tres alguaciles  
De servicio.

RUY BLAS. Despues de asomarse a la puerta.

Aún descansan;

Están durmiendo.

D. SALUST. Silencio!...

No te alejes de esta estancia.

Entra don César de Bazán: sombrero de zondado, gran capa raída que solo deja ver del traje las medias arrugadas i los zapatos rotos; espada de espadachin. Al entrar, el i Ruy Blas se miran i hacen un jesto de sorpresa. Don Salustio lo ha observado. Ruy Blas se va.

Parece que se conocen;  
Han cambiado una mirada...

## ESCENA II.

DON SALUSTIO, DON CÉSAR.

D. SALUST. ¡Hola! ¿sois vos, bandido?

D. CÉSAR. Yo soi, primo.

D. SALUST. Pues es gusto de ver un pordiosero...

D. CESAR. Celebro mucho, primo...

D. SALUST. Caballero,  
He sabido de vos ciertas historias...

D. CESAR. ¿Que son de vuestro gusto?

D. SALUST. Sí, ¡por cierto que son mui meritorias!  
A don Cárlos de Mira lo saltearon  
En una de estas noches,  
I tan solo la capa le dejaron.

RUY BLAS. ¡Oh! i ¿por qué?

D. SALUST. Porque la órden de Santiago  
Iba bordada en ella. ¿Qué os parece?

RUY BLAS. ¡Demonio! me parece que vivimos  
En tiempo mui aciago.

D. SALUST. Vos íbais en la chusma.

RUY BLAS. No lo niego.  
Yo estaba por allí, pero algo léjos;  
No he tocado siquiera al tal don Cárlos;  
Todo lo que hice yo fué dar consejos.

D. SALUST. Aún hai mas: anoche varias jentes  
De la clase mas ruin i mas perdida  
Atacaron la ronda de la plaza:  
Vos andabais tambien en la partida.  
Todos iban borrachos.

D. CESAR. Primo mio,  
Yo no me sé batir con carceleros;  
Es verdad que allí andaba,  
Pero miéntras los otros se batian  
Yo componiendo versos me paseaba.  
¡Linda gresca!

D. SALUST. Aún no es todo.

D. CESAR. Pues veamos.

D. SALUST. En Francia se os acusa de que abristeis  
Sin llave, por supuesto,  
Las cajas que guardaban un impuesto.  
¿Qué decís de esta hazaña?

D. CESAR. Nada digo.  
Bien puede ser verdad; como la Francia  
Es país enemigo...

D. SALUST. En Flándes encontráis un caballero

- Portador de una suma de la iglesia,  
I vos le arrebatáis aquel dinero  
Que respetar debiérais como santo.
- D. CESAR. ¿En Flándes?... Puede ser que así haya sido.  
Como he viajado tanto...
- D. SALUST. ¡Ah! basta ya! el sudor de la vergüenza  
Pensando en vos me sube hasta la frente.
- D. CESAR. Bien! dejadlo que suba.
- D. SALUST. La familia...
- D. CESAR. ¡Eso no! porque aquí vos solamente  
Mi nombre conoceis.
- D. SALUST. Una marquesa  
Me decia en la plaza el otro día:  
¿Qué brigante es aquél? qué facha es esa  
Que mira con tan cínica osadía;  
Mas roto que un mendigo, i mas soberbio  
Que el mismo rei de España; que se empeña  
Su miseria en cubrir con su arrogancia;  
Que sus harapos con orgullo enseña,  
I que con aire majistral pasea  
Su capa agujereada i su jactancia?»
- D. CESAR. Echando una ojeada a su traje.  
Vos le responderíais mui lijero:  
Es el buen Zafarí...
- D. SALUST. ¡Nó, caballero!  
De vergüenza i furor me he enrojecido.
- D. CESAR. Entónces la marquesa habrá reido;  
A mí me gusta hacer reir las damas.
- D. SALUST. Solamente os juntáis con bandoleros.
- D. CESAR. Buenos muchachos, tímidos corderos.
- D. SALUST. Visitáis las mujeres mas perdidas.
- D. CESAR. ¡Oh, palomas de amor, no comprendidas!  
¡Calumniaros así, los indiscretos!  
Mal os conocen, nítidas bellezas,  
Para quienes compongo mis sonetos!
- D. SALUST. Finalmente, el bandido Matalobos,  
El que asola a Madrid con sus proezas  
De muertes i de robos,  
Es grande amigo vuestro.
- D. CESAR. ¡Ciertamente!

Pero hablemos razon; sin Matalobos  
Yo andaria desnudo, i ya veis, primo,  
Que eso fuera indecente.  
El se compadeció de mi pobreza...  
Al fátuo conde de Alba le robaron  
Su jubon la otra noche...

D. SALUST.

I bien?

D. CESAR.

Es mio:

Me lo dió Matalobos.

D. SALUST. ¿I no teneis vergüenza, gran tunante?

D. CESAR. Yo no tengo vergüenza

De ponerme un jubon mui elegante

Que me abriga en invierno, por lo ménos;

Miradlo.

Se entreabre la capa que deja ver un soberbio jubon de raso rosado bordado de oro.

Los bolsillos están llenos

De billetes de amor a centenares.

I a veces cuando, pobre, enamorado,

Hambriento i abrumado de pesares,

Diviso una cocina

Donde humea aromático un guisado,

Me siento cerca, leo los billetes,

I corazon i estómago engañando,

En festines i amores muchas noches

Me recreo soñando.

D. SALUST. ¡Don César!

D. CESAR.

¡Primo, basta de reproches!

Yo soi un gran señor, vuestro pariente;

Me llamo César, conde de Garofa,

Pero la suerte me trató cruelmente.

Yo tenia palacios i dominios,

I ántes de que cumpliera los veinte años

Todo habia concluido; no quedaba

De mis prosperidades i esplendores

Mas que una turba ruin que me acosaba,

Una turba de infames acreedores.

¡Diablo! entónce fugué, cambie de nombre,

I ahora soi Zafarí, aventurero,

I nadie, escepto vos, me reconoce.

Vos no me dais dinero  
I me paso sin él. Así, de noche  
Reclinando mi frente en una piedra,  
Bajo el hermoso pabellon del cielo,  
Me duermo i soi feliz. La vida es corta...  
Todos me creen mui léjos de este suelo,  
En las Indias o muerto, ¡qué me importa!  
Bebo el agua en la fuente cuando quiero  
I paseo en seguida  
Con el aire de gloria mas sincero.  
Suelo a veces, sin ruta definida,  
Llegar hasta el palacio que fué mio  
I que ahora es del nuncio,  
I doi consejo a los obreros rudos  
Que cincelan un Baco en la portada.  
Ahora ¿podeis prestarme diez escudos?

D. SALUST. Escuchadme.

C. CESAR. Veamos vuestro estilo.

D. SALUST. Yo os he llamado para seros útil;  
Soy rico i no tengo hijos; César, quiero  
Del lodo alzaros en que habeis vivido  
I pagar vuestras deudas por entero;  
Que seais rico como ántes lo habeis sido  
I en la corte un soberbio caballero.  
A vuestra discrecion pondré mi caja,  
Pues debo proteccion a mis parientes.

El rostro de don César ha ido tomando una expresion de asombro, alegre i confiado.  
Al fin estalla.

D. CESAR. Siempre vuestro talento yo he admirado.  
¡Qué palabras decís tan elocuentes!  
Continuad.

D. SALUST. Solamente para esto  
Pongo una condicion; voi a esplicarme.  
Tomad miéntras mi bolsa.

D. CESAR. Tomando la bolsa.

¡Oh! magnífico!

D. SALUST. I aún quinientos ducados...

D. CESAR. Don Salustio!...

D. SALUST. Desde hoy tendréis...

D. CESAR. ¡Pardiez! soy todo vuestro.

Vuestra es mi espada con mi amor eterno,  
I si quereis la cruzaré al instante  
Contra el mismo monarca del infierno.

D. SALUST. No es vuestra espada lo que quiero.

D. CESAR. Entónces...

Yo no tengo otra cosa.

D. SALUST. Conoceis de Madrid a los bribones.

D. CESAR. Oh! me haceis mucho honor...

D. SALUST. Sí, sois su amigo;

Los podríais juntar en batallones  
I áun formar un motin. Quizás todo ello  
Se puede aprovechar.

D. CESAR. Riendo.

¡Por vida mia!

Parece, primo, que tejeis una ópera.

¿I qué parte guardais para mi jénio?

¿Será la letra o bien la sinfonía?

Ordenad; yo soi fuerte en el proscenio.

D. SALUST. Gravemente.

Yo no hablo a Zafarí sino a don César.

Bajando mas i mas la voz.

Escuchad: necesito para eso  
De alguno que en la sombra me acompañe  
I me ayude a formar un gran suceso.  
Yo no soi malo, nó; pero hai momentos  
En que el mas delicado,  
Dejando el miedo i la vergüenza a un lado,  
Debe llevar al fin sus pensamientos  
Por todos los caminos. Vos hoi mismo  
Tendreis, si lo deseais, oro bastante  
Para gozar de todos los placeres;  
Mas debeis ayudarme  
A preparar en gran sijilo un lazo,  
Ya sea para alondras... o mujeres...  
Segun pienso, no sois escrupuloso.  
En fin, yo necesito...

D. CESAR. ¿Qué?

D. SALUST. Vengarme.

D. CESAR. ¿De quién?

D. SALUST. De una mujer.

D. CÉSAR. Erguido i con terrible mirada.

¡Basta! por Cristo!

Escuchad lo que pienso a este respecto:

El que se venga oculto de otros séres,

Si es un noble i se venga con intrigas,

Si es un hombre i se venga de mujeres,

I que habiendo nacido gentilhombre

Observa la conducta de un villano,

Ese noble, ese hombre,

Aunque fuese del mundo el soberano,

No es para mí, señor, como os lo digo,

Por mas que de magnífico haga alarde,

Mas que un bandido ruin a quien quisiera

Ver colgado en la horca por cobarde!

D. SALUST. César...

D. CÉSAR. Ni una palabra! Esto es infame!

Guardad vuestro secreto i vuestra plata!

Le arroja la bolsa.

¡Oh! comprendo al que roba i al que mata;

Que se asalte en la noche una Bastilla

Con cien filibusteros, hacha en mano,

Que rompa corazones la cuchilla,

I se hiera i se mate horriblemente

Cual bandidos que somos!

Ojo por ojo, ¡bien! diente por diente!

¡Pero destruir una mujer! cavarle

Una trampa a sus piés, abusar de ella,

De su pasion, talvez de su pureza...

¡Oh! ántes que llegar a tal bajeza,

Antes que hacerme rico por tal precio,

Os lo juro por Dios, que ve mi alma,

Quisiera miserable, vil, odioso,

Ver mi cuerpo comido por los perros

A los piés del patíbulo afrentoso.

D. SALUST. Primo...

D. CÉSAR. De vos yo nada necesito

Miéntras que tenga, libre en mi existencia,

Agua en las fuentes, en los campos aire,

En la ciudad que habito

Un ladron que repare mi indijencia,  
I miétras en mi alma halle el olvido  
De mi esplendor pasado,  
I halle en vuestros palacios anchas puertas  
Do recostar mi cuerpo fatigado  
Al abrigo del sol i de la lluvia.  
¡Adios, marqués! Dios sólo entre nosotros  
Sabe cuál es el justo i cuál el malo.  
Os dejo aquí; me voi con Matalobos  
I seguiré viviendo entre esas jentes.  
Puedo vivir con lobos,  
¡Pero les tengo horror a las serpientes!

D. SALUST. Un instante...

D. CESAR. Abreviemos la visita;  
Si es para encarcelarme, hacedlo luego.

D. SALUST. Don César, yo os creía mas perdido;  
Os pretendí imponer prueba de fuego  
I salís vencedor. Dadme la mano!

D. CESAR. ¡Cómo!...

D. SALUST. No mas que chanza todo ha sido.  
Os queria probar, i os he probado.  
Nada mas.

D. CESAR. Me parece que he soñado!  
La mujer... el complot... esa venganza...

D. SALUST. Todo quimera, chanza.

D. CESAR. Ahora bien ¿i el pago de mis deudas?  
¿I aquel bolson? ¿son chanza? ¿son quimera?

D. SALUST. Todo vais a tenerlo en el momento.

Se dirige a la puerta del fondo i hace señas de entrar a Ruy Blas.

D. CESAR. (¡Hum! cara de traidor!..... cuando la boca  
Dice que sí, en los ojos  
Hace dudar su vista penetrante.)

D. SALUST. Ruy Blas, quédate aquí... Vuelvo al instante.

Sale por la izquierda. Don César i Ruy Blas se acercan con viveza.

### ESCENA III.

DON CÉSAR, RUY BLAS.

D. CÉSAR. ¡Cómo! Ruy Blas! A fé mia!  
¿Eres tú? ¡no me he engañado!

RUY BLAS. ¿Tú, Zafarí? pero, dime,  
¿Qué haces en este palacio?

D. CESAR. Pasaba... mas ya me voi.  
Busco el aire como un pájaro.  
Mas tú... con esa librea...  
¿Es un disfraz, por acaso?

RUY BLAS. No; cuando estoi de otro modo  
Es cuando estoi disfrazado.

D. CESAR. ¿Qué dices?

RUY BLAS. Amigo mio,  
Déjame estrechar tu mano  
Como en los tiempos felices  
De alegrías i de harapos,  
Cuando sin hogar vivia  
Con sed, con hambre i descalzo,  
En fin cuando yo era libre.  
Nos parecíamos tanto  
¿Te acuerdas? que todo el mundo  
Nos tomaba por hermanos.  
Cantando desde la aurora,  
Juntos viviamos ambos  
I compartíamos todo,  
El pan, el hambre, el descanso;  
Hasta que un dia nos fuimos  
Cada uno por su lado;  
Ahora te encuentro de nuevo,  
Despues de cuatro o cinco años,  
Siempre el mismo, siempre alegre,  
Como un niño descuidado,  
Siempre rico en tu pobreza;  
Mientras que yo...¡ai! qué cambio!  
Huérfano, fuí recojido,  
Por piedad alimentado,  
Mi cabeza en un colejio  
De orgullo i ciencia llenaron;  
I ¡triste favor! de mí,  
En lugar de un artesano,  
Hicieron un soñador,  
Como tú ya lo has probado.  
Tú reias, i yo loco

Lanzaba con entusiasmo  
En calorosas estrofas  
Mis deseos insensatos.  
¡Era ambicioso, i soñaba!...  
¡Qué me importaba el trabajo!  
Allá, hácia un fin invisible  
Me dirijia confiado,  
Creyendo posible todo,  
Algo mui grande esperando.  
Hasta que vino un momento  
En que, del hambre acosado,  
Por la calle he recojido  
Un pan donde lo he encontrado:  
En la ociosidad a veces,  
I a veces ¡ai! en el fango!  
¡Oh! yo he creido en mi jénio.  
Cuando tenia veinte años  
Me iba risueño i alegre  
Por los caminos descalzo,  
Meditando en la grandeza  
De los destinos humanos.  
Yo trastornaba la Europa,  
Yo dominaba el espacio,  
I creía que mi jénio  
Era al mundo necesario!  
Mas, de esos sueños tan solo  
Quedó...ya ves...¡un lacayo!

D. CESAR. ¡Oh! sí, yo lo sé: el hambre  
Es un pasaje mui bajo,  
I en él tiene que doblarse  
Mucho mas el que es mas alto.  
Pero la suerte es variable;  
Puedes esperar un cambio.

RUY BLAS. ¡Ah! no; el marques de Finlas  
Es mi señor i mi amo.

D. CESAR. Le conozco. ¿Así tú vives  
Sin duda en este palacio?

RUY BLAS. NÓ; tan solo esta mañana  
Sus umbrales he pasado.

D. CESAR. Pero el marques aquí vive.

RUY BLAS. Así lo exige su cargo;  
Pero cerca de aquí tiene  
Un asilo solitario  
Donde nunca va de día  
I es de todos ignorado.  
Allí vivo yo. A veces,  
Por puerta secreta entrando,  
Llega el marques por la noche  
Con misterio acompañado  
Por hombres con antifaces,  
I se encierran i hablan bajo.  
Hai solo dos negros mudos  
Que allí estan bajo mi mando.

D. CESAR. Sí, allí es donde recibe  
A sus ocultos sicarios;  
Desde allí siempre invisible  
Tiende sus ocultos lazos.  
¡Oh! es un hombre profundo  
Que abarca todo en su mano.

RUY BLAS. Ayer me dijo: es preciso  
Que al alba estés en palacio.  
Al llegar me hizo ponerme  
Este traje de criado,  
Que es esta la vez primera  
Que lo uso.

D. CESAR. Espera!

RUY BLAS. Es en vano!

Aún no lo sabes todo.  
Vivir con traje de esclavo,  
Ver perdida mi alegría,  
Ver mi orgullo pisoteado,  
Ser un vil, un miserable,  
¡Qué me importa! Escucha, hermano:  
No siento este traje horrible,  
Porque aquí en el pecho guardo  
Una hidra venenosa  
Que con dientes inflamados  
Mi corazon despedaza  
I lenta me va matando  
¡El exterior te da miedo?

Si vieras dentro... ¡qué estrago!

D. CESAR. ¿Qué quieres decir?

RUY BLAS.

Inventa,

Imajina lo mas raro,  
Algo inaudito i horrible  
Tan grande como insensato;  
Alguna cosa de aquellas  
Mas aterrantas que el rayo;  
Compon un feróz veneno,  
Abre un abismo de espanto,  
Mucho mas negro que el crimen,  
Mas que la locura amargo...  
I aún quedarás mui léjos  
De este secreto que guardo.  
¿No lo adivinas? ¿i quién  
Podrá nunca adivinarlo?  
Zafarí, hunde tu vista  
En este infierno en que ardo.....  
¡Escúchame, i tiembla!... estoi  
De la reina enamorado!

D. CESAR. ¡Cielos!

RUY BLAS.

En el Escorial,

Bajo un dosel coronado,  
Se sienta un hombre, que apénas  
Se le divisa de abajo;  
Que con terror se le nombra;  
Ante cuyo poder alto,  
Como ante Dios, todos somos  
Iguales, sin lei ni rango;  
Se le sirve de rodillas;  
Todos le miran temblando;  
Los nobles mismos le hablan  
Ante su vista inclinados;  
Con un solo signo puede  
A los dos aquí matarnos;  
Un hombre que vive solo,  
Soberbio i encastillado  
En la majestad tremenda  
Cuyo peso soberano  
Siente la mitad del mundo!

RT 3-1-49.

*Esto he es una  
de esa con que  
se cura con pecho  
paciente el amor a  
la libertad y nunca  
y nunca a la honra  
de buen corazón.  
Gloria.*

¡Es el rei!...i yó, el lacayo...

¡Estoi celoso del rei!

D. CESAR. ¡Celoso del rei!

RUY BLAS. ¡Sí, hermano!

Celoso del rei, sin duda,

Pues que a su esposa idolatro!

D. CESAR. ¡Oh, desventurado!

RUY BLAS. ¡Escucha!

Todos los dias la aguardo

Para verla cuando pasa...

Loco estoi, no sé lo que hago.

¡Oh! ella sufre! su vida

Es un cáliz mui amargo.

¡Sí! siempre pienso... vivir

En esta corte de engaños,

Casada con ese rei

Que pasa el tiempo cazando...

¡Un rei imbécil! un tonto!

¡Decrépito a los treinta años!

Tan incapaz de vivir

Como de ejercer el mando.

¡Oh! tan jóven, tan hermosa!

Haberle dado su mano

A ese rei Cárlos Segundo,

¡Ella! oh! crimen nefando!

Ella va todas las noches

A la iglesia del Rosario...

Pero esta horrible locura

Yo no sé como ha empezado...

Ella ama una flor azul...

Yo todos los dias ando

Una legua por buscarla...

Junto algunas en un ramo...

¡Oh! pero te estoi diciendo

Mil absurdos tan estraños...

I luego, a la media noche,

En el parque solitario

Como un ladron me deslizo

I el ramo dejo en su banco

Ayer puse entre las flores

Un papel, mas sin firmarlo.  
¡Ai! compadéceme, amigo!  
Aún para dejar el ramo  
Tengo que saltar el muro  
Que está en la cima cuajado  
De agudas púas de fierro  
I siempre en ellas me clavo;  
Hasta que un dia allí deje  
Mis entrañas con mi arcano.  
¿Encuentra mis flores ella?  
¿Abrirá mi carta acaso?  
¡Yo no lo sé!...¡Solamente  
Sé que soi un insensato!

D. CESAR. ¡Diablo! Estás en gran peligro.  
Ruy Blas, anda con cuidado.  
Tambien el conde de Oñate  
Por ella anda suspirando,  
I la cuida como guardia  
I a más como enamorado,  
I la noche mejor puede  
Otro guardian puesto al caso  
Clavarte tu ramillete  
En el pecho de un lanzazo.  
Pero, hombre, ¿amar a la reina!  
¿I para qué? ¿cómo, diablos,  
Se te ha ocurrido tal cosa?

RUY BLAS. Con arrebato. ¡Oh! ¿lo sé yo mismo acaso?  
Yo venderia mi alma  
Al demonio sin reparo  
Por ser uno de esos nobles  
Que desde aquí divisamos,  
Que como una afrenta viva  
Andan su orgullo paseando.  
Sí, yo me condenaria  
Por presentarme a su paso  
Con un traje que no fuera  
Vergonzoso i despreciado!  
Pero ¡oh rabia! así mirarme,  
Con un estigma de esclavo!  
¡Ser un lacayo ante ella!

¡Oh, Dios de los desgraciados!  
Pero ahora que recuerdo  
¿No me preguntaste cuándo  
Comencé a sentir?... Un día...  
En fin, para qué contártelo!  
Siempre la manía tienes  
De hablar a uno i matarlo  
Con mil preguntas... i cómo,  
I dónde... i por qué... i cuánto...  
Pues bien! la amo locamente!  
La amo, i no sé mas, la amo!

D. CESAR. Calma, Ruy Blas, no te enfades.

RUY BLAS. Cayendo abatido sobre un sillón.

¡Ah! no! pero sufro tanto!  
Perdóname; o mejor véte,  
Deja con su afán cargado  
A este amigo miserable  
Que loco i lleno de espanto,  
Lleva la pasión de un rei  
Bajo el traje de un lacayo!

D. CESAR. ¡Huirte! yo que no he sufrido,  
Que jamás a nadie he amado;  
Perdido que en todas partes  
Voi el amor mendigando,  
I a quien a veces le arroja  
Una limosna el acaso;  
Yo, corazón estinguido  
Que ya el alma ha abandonado;  
Pobre cartel hecho trizas  
Del ya pasado espectáculo!  
Lo juro por ese fuego  
Que está en tus ojos quemando:  
¡Te tengo así tanta envidia  
Como compasión, hermano!  
¡Ah! Ruy Blas!...

Momento de silencio; quedan con las manos enlazadas mirándose con tristeza. Entra don Salustio i avanza a pasos lentos, mirándolos profundamente, sin que ellos le vean. Trae en una mano un sombrero i una espada que deja sobre una silla; i en la otra una bolsa que deja sobre la mesa.

D. SALUST.

Hé aquí el dinero.

A la voz de don Salustio, Ruy Blas se levanta con sobresalto, i se queda de pié con los ojos bajos i aire respetuoso.

D. CESAR. (¡Hum! malo! por Cristo santo!  
Esa sombría figura  
Todo en la puerta ha escuchado!  
¡Bah! qué importa!) Gracias, primo.

Abre la bolsa, la derrama en la mesa i mueve el dinero con alegría i arreglándolo en pilas. Don Salustio va al fondo tratando de no llamar la atencion de don César. Abre la puerta, i a una señal suya aparecen tres alguaciles con espada i traje negro. Don Salustio les señala misteriosamente a dox César. Ruy Blas se mantiene inmóvil i de pié cerca de la mesa, como una estatua.

D. SALUST. A los alguaciles.

Vais a seguir paso a paso  
A aquel hombre en cuanto salga;  
Le tomáis de fuerza o grado,  
I sin perder un instante  
En el puerto mas cercano  
Lo embarcais. Hé aquí la órden.

Les da un pergamino.

I aunque grite i pida amparo,  
Cuando estéis en alta mar  
Lo vendeis a los corsarios.  
Mil piastras para vosotros;  
Obrad pronto i con cuidado.

Los tres alguaciles se van.

D. CESAR. Acabando de arreglar las monedas.  
Hermano, hé aquí tu parte.

RUY BLAS. ¡Cómo!...

D. CESAR. Eso es tuyo i nos vamos.

D. SALUST. (Diablo!)

RUY BLAS. ¡Oh, no! al corazón  
Solo es preciso librarlo.  
¡No! aquí está mi destino  
I aquí me quedo.

D. CESAR. A tu agrado,  
Sigue con tu fantasía;  
¿Eres loco? ¿soi yo un sabio?  
Dios sólo lo sabe.

Recoje el dinero en el saco i lo mete en el bolsillo.

D. SALUST. (Mucho

Se parecen... igual garbo,  
Igual altura, igual rostro...  
Verémos).

D. CESAR. Adios!

RUY BLAS. Tu mano!

Se estrechan la mano. D. César se va sin ver a don Salustio, que se ha quedado retirado en el fondo.

#### ESCENA IV.

RUY BLAS, D. SALUSTIO.

D. SALUST. Ruy Blas, hoi cuando viniste  
¿Estaba de dia ya?

RUY BLAS. Todavía no, Excelencia.  
Dí al portero sin hablar  
El pase i subí.

D. SALUST. Entónces  
Nadie por casualidad  
Te habrá visto esa librea.

RUY BLAS. Nadie en Madrid.

D. SALUST. Bien está.  
Despójate de ese traje.

Ruy Blas se quita la librea.

Creo que no escribes mal.

Lo hace sentarse a la mesa.

Veamos; escribe un poco;  
Mi secretario hoi serás.  
Una cartita amorosa,  
Nada te quiero ocultar,  
Para doña Praxitéles,  
Ese diablo celestial.  
Escribe: « Un grave peligro  
« Amenazándome está;  
« Tan solo mi reina puede  
« Conjurar la tempestad,  
« Si esta noche ocultamente  
« Quiere a mi casa llegar.

« De otro modo estoy perdido.  
« Mi vida, mi eternidad,  
« Todo lo pongo a sus piés,  
« Que beso con humildad.

Se rie e interrumpe un momento.

¡Un peligro! no es mal lazo  
Para obligarla a cejar.  
¡Oh! soi ducho en la materia.  
Así siempre, bien o mal,  
Por salvar al que se pierde  
La mujer se perderá.  
Continúa: « Por la puerta  
« Que al fin de la calle dá,  
« Sin que nadie os reconozca,  
« Podeis en la noche entrar.  
« Una persona segura  
« I discreta os abrirá.»  
¡Mui bien! Ahora la firma.

RUY BLAS. ¿La vuestra?

D. SALUST. César, no mas;  
Es mi nombre de aventuras.

RUY BLAS. Pero la dama podrá  
Conocer la letra...

D. SALUST. Tengo  
Para eso una señal;  
Basta con poner mi sello  
I así no podrá dudar.  
Ruy Blas, yo parto esta noche  
Pero tú te quedarás.  
Tengo proyectos que luego  
Tu situación cambiarán;  
Pero será necesario  
Servirme sin vacilar.  
Yo te considero un hombre  
Discreto, honrado, leal.

RUY BLAS. Monseñor...

D. SALUST. Sí, tú mereces  
De otra posición gozar.

RUY BLAS. ¿Dónde se envía esta carta?

D. SALUST. Yo me encargo; trae acá.  
Oye, Ruy Blas; desde ahora  
Yo haré tu felicidad.  
Ponte a escribir nuevamente.

Ruy Blas se sienta a la mesa.

Bien, escribe: « Yo, Ruy Blas,  
« Lacayo de monseñor  
« Don Salustio de Bazán,  
« Me comprometo a servirle  
« Con discreción i lealtad  
« En todo lo que me mande,  
« Público o particular.»  
Firma con tu nombre... Dame.

Guarda en su cartera los dos papeles.

Me acaban de regalar  
Una espada... Es esta misma.

Toma la que traje al principio.

¡Oh! i la banda es sin igual.  
Toca, ¡qué seda tan rica!  
¿Qué dices de esto, Ruy Blas?  
¡Qué puño i cinceladura  
I qué temple sin rival!

Pone la espada a Ruy Blas.

Déjame ver que efecto hace:  
Te da un aire señorial,  
Pero vienen... sí... es la hora...  
Ya la reina va a pasar.  
¡El marques del Basto!

Se abre la puerta del fondo. Don Salustio se quita vivamente la capa i se la pone a Ruy Blas; inmediatamente aparece el marques del Basto; don Salustio va hácia el arrastrando a Ruy Blas, que lo sigue estupefacto.

## ESCENA V.

D. SALUSTIO, RUY BLAS, EL MARQUES DEL BASTO, *después* EL MARQUES DE SANTA CRUZ, *luego* EL CONDE DE ALBA; *en seguida toda la corte.*

D. SALUST. Al marques:

¡Hola!

Vuestra gracia aceptará  
Que le presente mi primo...

BASTO. ¿Quién?

D. SALUST. Don César de Bazán.

RUY BLAS. (¡Cielos!)

D. SALUST. (¡Calla!)

BASTO. Caballero...

Con toda sinceridad...

Le toma la mano que Ruy Blas le tiene confundido.

Yo conocí a vuestra madre.

Bajo a don Salustio,

Pero qué cambiado está!

No lo habria conocido.

D. SALUST. Diez años de ausencia...

BASTO. Ya!

D. SALUST. Hélo al fin entre nosotros.

Ah, marques, ¿no recordais?

Hijo prodigo, tiraba

El dinero a más i más.

¡Qué bailes todas las noches!

¡Qué fiestas a la oriental!

Con su esplendidez tenía

Deslumbrada a la ciudad.

Así se arruinó en tres años.

Se fué a la India, i de allá

Vuelve.

RUY BLAS. Señor...

D. SALUST. Decid primo,

Pues somos en grado tal;

Vos sois conde de Garofa

I yo marques de Finlás,

Ramas que vienen unidas

Desde tiempo inmemorial.

Igual es nuestra nobleza,

Pues los dos somos Bazan,

Vos por rama de Aragon,

Yo por la de Portugal.

Ninguna es mejor que la otra.

RUY BLAS. (¿Dónde me quiere arrastrar?)

Se acercan a ellos el marques de Santa Cruz don Alvaro de Bazan i Benavides, viejo de bigote blanco i gran peluca.

STA. CRUZ. Pues si el conde es vuestro primo,  
Como tan bien lo esplicais,  
Primo mio tambien es.

D. SALUST. Teneis razon por demás.  
Señor marques, os presento  
A don César de Bazán.

STA. CRUZ. Imajino, don Salustio,  
Que este el muerto no será.

D. SALUST. El mismo!

STA. CRUZ. Entónces ha vuelto...

D. SALUST. De las Indias.

STA. CRUZ. examinándolo. En verdad.

D. SALUST. ¿Le reconoceis?

STA. CRUZ. Sin duda.

Le he visto nacer.

D. SALUST. Pues, ya!

Bajo a Ruy Blas.

El buen hombre es ciego, i quiere  
Su buena vista probar.

STA. CRUZ. Tendiendo la mano a Ruy Blas.  
Primo.

RUY BLAS. Señor...

STA. CRUZ. ¡Guapo mozo!

Me alegro de que volvais.

D. SALUST. Bajo al marques. Yo voi a pagar sus deudas,  
Vos lo podeis elevar.  
Si algun empleo honorífico  
Vaca por casualidad,  
En el servicio del rei...  
O de la reina...

STA. CRUZ. Cabal.

Le buscarémos alguno.  
Es jóven de calidad,  
I luego es de la familia.

D. SALUST. Hoi vuestra influencia es tal  
Que...

Se acercan otros nobles, entre ellos el conde de Alba, ricamente vestido.

Señores, os presento  
A don César de Bazán,  
Mi primo.

Los nobles cambian reverencias con Ruy Blas; don Salustio se dirige a uno de ellos.

Ayer no estuvisteis  
En el *ballet* principal.  
¡Oh! Lindamira bailó  
Cual nadie bailó jamás.

Al conde de Alba por su jubon.

¡Magnífico, conde de Alba!

ALBA. Pues el que valia mas  
Me lo robó Matalobos.

UN UJIER. La reina aquí va a llegar:  
A vuestros puestos, señores.

Se abren las grandes cortinas de la galeria; los nobles se escalonan cerca de la puerta; los guardias forman carrera, Ruy Blas, fuera de sí, viene al proscenio como huyendo; don Salustio le sigue.

D. SALUST. ¿Qué es esto? ¿qué haces, Ruy Blas?  
¡Cómo! cuando ya tu suerte  
Ha comenzado a brillar,  
Se empequeñece tu espíritu?  
¿Por qué tal debilidad?  
Yo de Madrid parto ahora:  
La casita donde estás  
Es tuya. Solo una llave  
Secreta voi a guardar;  
Ordenes privadas mias  
Mui pronto recibirás.  
Yo voi a hacer tu fortuna,  
Cumple tú mi voluntad.  
No temas, la hora es propicia.  
¡Sube! la corte real  
Es un país donde nadie  
Ve nada con claridad.  
Cierra los ojos i marcha,  
Que yo miro en tu lugar.

Aparecen nuevos guardias en el fondo.

EL UJIER. ¡La reina!

RUY BLAS. La reina ¡oh!

La reina, magníficamente vestida, aparece rodeada de damas i pajes, bajo un palio de terciopelo escarlata llevado por cuatro jentiles hombres de cámara, sin sombrero. Ruy Blas, despavorido, la mira como una vision. Todos los grandes de España se cubren. Don Salustio toma rápidamente el sombrero que dejó ántes en la silla i se lo pone a Ruy Blas.

D. SALUST. ¿Cómo es eso? ¡despertad!  
Cubrios, noble don César,  
En la presencia real,  
Pues que sois grande de España.

RUY BLAS. Bajoi como estraviado. I ahora.....¿qué me ordenais?

D. SALUST. Mostrándole a la reina que atraviesa lentamente la galería,  
Cortejar a esa mujer  
I ser su amante..... no mas.

CAE EL TELON.

# ACTO SEGUNDO.

## LA REINA DE ESPAÑA.

Salón contiguo al dormitorio de la reina. A la izquierda una pequeña puerta que comunica con él; a la derecha otra que da a los departamentos exteriores; al fondo grandes ventanas abiertas. Es la tarde de un hermoso día de verano. En la pared hai colgada una imájen con rico marco i este letrero al pié: *Santa María Esclava*; al lado opuesto una madona ante la cual arde una lámpara de oro. Cerca de ella un retrato del rei Carlos II. Al levantarse el telon, la reina doña María de Neubourg en un rincón al lado de una de sus camareras jóven i bonita. La reina viste traje de lama de plata; borda i se interrumpe por momentos para conversar. En el rincón opuesto está sentada doña Juana de la Cueva, duquesa de Albuquerque, camarera mayor, vieja, vestida de negro; tiene un bordado en la mano. Cerca de ella trabajando obras de mano en una mesa varias camareras. En el fondo el mayordomo don Guridan, conde de Oñate, alto, flaco, bigote canoso, aire de viejo militar, vestido con elegancia exajerada i con cintas hasta en los zapatos.

## ESCENA I.

LA REINA, LA DUQUESA DE ALBUQUEQUE, DON GURIDAN, CASILDA, DUESAS.

LA REINA. ¡Ha partido! yo debiera  
Estar mas tranquila ahora;  
¡Pero nó! ese marques  
Me causa eterna zozobra.

CASILDA. ¿No salió ya desterrado?

LA REINA. Sí; pero ese hombre me odia.  
¡Ah! Casilda; don Salustio  
De mi ánjel malo es la sombra.  
El dia ántes de su marcha  
Asistió a la ceremonia  
Del besamanos; yo estaba

Como abstraída i absorta  
Mirando un cuadro pintado  
En la pared espaciosa,  
Cuando le ví de repente  
Acercarse con faz torva;  
Avanzaba a pasos lentos  
Jugando su mano odiosa  
Con un puñal del que a veces  
Yo entreveía la hoja,  
Mirándome i envolviéndome  
En su mirada traidora.  
Luego se inclinó flexible  
Como sierpe que se enrosca,  
I en mi mano sentí el beso  
De su boca venenosa.

**CASILDA.** El cumplía sus deberes,  
Cual los cumplimos nosotras.

**LA REINA.** ¡Oh! nó, Casilda! es que no era  
Como las demas su boca.  
Despues... Escucha: yo tengo  
Otras penas i congojas,  
Pero siempre en ese hombre  
Van a refundirse todas.  
Lleva el infierno en el alma,  
I la mia se le postra.  
Siempre en mis sueños le veo  
Que me sigue i que me acosa.  
Su mirada penetrante  
Me magnetiza i me agovia,  
I siento su beso horrible  
Que con fuerza misteriosa  
Corre por todas mis venas  
Como un filtro de ponzoña.  
Casilda, ¿qué será esto?

**CASILDA.** Puros fantasmas, señora.

**LA REINA.** ¡Qué amargos tormentos sufro!  
(Pero el que mas me devora  
Es menester ocultarlo).  
Ve si están hasta estas horas  
Esperando esos mendigos.

Casilda va a asomarse al balcón.

CASILDA. Aún con la vista ansiosa  
Miran hácia acá.

LA REINA. ¡Infelices!  
Toma, arrójales mi bolsa.

Casilda toma la bolsa i la arroja por la ventana.

CASILDA. ¡Ah! vos que con tanta gracia  
Dais a los pobres limosna,  
Dad una al conde de Oñate.

Le muestra a don Guridan que de pié i silencioso en el fondo, mira a la reina con adoracion.

Una palabra, una sola,  
A ese noble veterano  
Que silencioso os adora.

LA REINA. Es un viejo fastidioso.

CASILDA. Pero habladle, ¿qué os importa?

LA REINA. Buenos dias, conde.

Don Guridan se acerca con tres reverencias, besa suspirando la mano de la reina, que permanece distraida, i despues vuelve a su puesto. Al pasar, dice bajo a Casilda.

GURIDAN. ¡Oh!  
La reina està encantadora.

CASILDA. ¡Pobre sediento! le acercan  
A los labios una gota,  
I de contento i de orgullo  
El corazon le rebosa

LA REINA. Con triste sonrisa. ¡Ah! cállate...

CASILDA. Solo veros  
Es todo lo que ambiciona.

Fijándose en una \*cajita que hai sobre la mesa.

¡Ai! qué cajita tan linda!

LA REINA. En verdad?...

CASILDA. ¡Oh! es preciosa!

La reina le pasa una llavecita.

LA REINA. Pues ábrela, i mira en ella  
Las reliquias mas hermosas;  
Las voi a enviar a mi padre.

Piensa un momento i luego vüelve en si.

(Esta idea que me acosa...  
No quiero pensar en ello)  
Dame un libro... ¡yo estoi loca!  
Pero nada de aleman...  
Un libro en lengua española.  
El rei caza... ¡siempre ausente!  
I yo siempre triste i sola:  
En seis meses ha pasado  
Doce dias con su esposa.

CASILDA. I casarse con un rei  
Para esto ¡Pues es gloria!

La reina vuela a absorberse; luego se alza violentamente.

LA REINA. ¡Quiero salir!

La duquesa de Albuquerque, que ha permanecido inmóvil, alza la cabeza, se pone de pié i hace una profunda reverencia.

DUQUESA. Para ello

Exije la ceremonia  
Que abra cada puerta el noble  
Que de la llave disponga,  
I ninguno de ellos se halla  
En el palacio a estas horas.

LA REINA. ¡Luego me encierran! Acaso  
¡Quieren matarme, señora?

DUQUESA. Soi camarera mayor  
I hago el deber que me toca.

Se sienta.

LA REINA. (¡Vamos! soñar todavía!  
Oh! nó) Vengan aqui todas,  
Traed la mesa i juguemos.

DUQUESA. Quedaos quiéatas, señoras.

De pié i con reverencia, a la reina.

Su majestad solo puede,  
Segun la lei española,  
Jugar con reyes, o al ménos  
Sus parientes.

CASILDA. (Vieja odiosa).

LA REINA. Pues vengan esos parientes.

DUQUESA. No los tiene el rei ahora.

- LA REINA. ¡Oh!...Que me sirvan la cena.
- CASILDA. La distraccion es graciosa.
- LA REINA. Casilda, yo te convido.
- CASILDA. (La abuela se ha puesto chocha).
- DUQUESA. Cuando el rei no está, la reina  
Debe siempre comer sola.
- LA REINA. Nada puedo ¡oh, Dios! qué hacer  
En esta amarga congoja?  
Desde un año que soi reina  
Esta majestad me ahoga!
- CASILDA. ¡Pobre mujer! pasar todos  
Sus dias en la zozobra,  
En el fondo de esta corte  
Insulsa i fria, sin otra  
Distraccion, desde la orilla  
De esta agua muerta i traidora,  
Que estar mirando a ese conde  
Cuyos ojos la devoran,  
Que sueña sobre una pata  
Como garza dormilona!  
El placer es envidiable!
- LA REINA. ¡Qué hacer! Piensa alguna cosa.
- CASILDA. Pues que en ausencia del rei  
La reina es gobernadora,  
Haced venir los ministros  
Para distraeros.
- LA REINA. ¡Loca!  
¡Qué placer podría darme  
Ver ocho figuras torvas  
Hablándome de la Francia  
I de su rei, i de Roma,  
I de que el pueblo de Burgos  
Pasea con mucha pompa  
El busto del archiduque...  
¡No! ¡busca otra cosa, otra!
- CASILDA. Pues bien, hagamos venir  
Un jóven de talla airosa...
- LA REINA. ¡Casilda!
- CASILDA. ¡Si! yo quisiera  
Ver un jóven en persona.

Esta corte venerable  
Me da fastidio i me enoja;  
Hai momentos que hasta creo  
Que la vejez horrorosa  
Ha de venir mas aprisa  
Cuando no se ve otra cosa  
Que viejos.

LA REINA.                   Rie, loquilla,  
Mientras que llega esa hora  
En que el corazon sediento  
Se concentra i convulsiona.  
Lo mismo que el sueño, niña,  
El placer pasa i se borra...  
Toda mi felicidad  
Es esa parte boscosa  
Del parque, allí donde puedo  
Pasearme i llorar a solas.

CASILDA.                   ¡Vaya una felicidad!  
Un sitio de eterna sombra,  
Con las paredes tan altas  
Que parece una mazmorra.

LA REINA.                   ¡Oh! a veces yo quisiera  
Salir...

CASILDA.                   ¿Sí? pues a la obra.  
Escuchadme... hablemos bajo:  
En la noche silenciosa  
Cuando querais, bien ocultas,  
Sin que nadie nos conozca  
Saldrémos...

LA REINA.                   ¡Cielos! jamás!  
¡Ah! ¿por qué no estoi ahora  
En mi querida Alemania,  
Con mis padres que me adoran?  
Yo era feliz; con mi hermana,  
Tan buena i tan cariñosa,  
Corríamos por el campo  
Riendo con las pastoras,  
Charlando con los aldeanos...  
Esa vida era dichosa.  
Hasta que un día... ¡ai! un día

Un hombre llegó a nosotras  
Todo vestido de negro  
I me dijo con voz ronca:  
«¡Vais a ser reina de España!»  
Mi madre estaba llorosa,  
Mi padre estaba contento,  
Pero ahora los dos lloran.  
Todo aquí me desespera,  
Todo me causa zozobra,  
Mis pajaritos han muerto.

Casilda mirando a la duquesa hace señas de habérseles retorcido el cuello.

Hasta esas flores preciosas  
De mi patria, me prohíben  
Que las vea i las recoja.  
Jamás suena en mis oídos  
Una palabra amorosa.  
¡I es porque ahora soi reina!  
¡Oh! el fastidio me devora.

Se oye un canto lejano.

¿Qué es eso?

CASILDA.

Son lavanderas  
Que van cantando gozosas.

El canto se acerca; la reina escucha con avidez.

CANTO DE ÁFUERA

*¡A qué escuchar el canto  
Del tierno ruiseñor?  
No hai canto mas hermoso  
Que el timbre de tu voz.*

*¡A qué mirar los astros  
De vívido esplendor?  
Los astros mas radiantes  
Tus bellos ojos son.*

*¡A qué por los jardines  
Buscar ninguna flor?  
La flor más linda i pura  
Está en tu corazón.*

*El ave mas canora,  
El mas brillante sol,  
La flor mas olorosa,  
Todo eso es el amor.*

---

El canto se aleja gradualmente.

LA REINA. ¡El amor! es cierto, esas,  
¡Esas sí que son dichosas!  
Ese canto al mismo tiempo  
Me consuela i me acongoja.

DUQUESA. Que alejen a esas mujeres  
Porque a la reina incomodan.

LA REINA. ¡Cómo! apénas se las oye!  
Dejad que en paz se recojan.

A Casilda.

Veámoslas por la ventana  
Que mira al campo.

se dirige con Casilda a la ventana; la duquesa se para i hace una reverencia.

DUQUESA. Señora,  
Nunca una reina de España  
A las ventanas se asoma.

LA REINA. ¡Vamos! el sol que se pone,  
Ese camino, esa loma,  
Esa tarde que comienza  
A dar al mundo su sombra,  
Esas canciones que a todos  
Pueden regalar sus notas,  
Solo para mí no existen!  
Yo en el mundo estoi de sobra!  
Aquí ni siquiera puedo  
Mirar a Dios en sus obras;  
Ni aun ver la libertad  
Que allá fuera todos gozan!

DUQUESA. Haciendo a las damas señal de retirarse.  
Hoi son los Santos apóstoles,  
Retiraos.

LA REINA. A Casilda que va a salir.

¿Me abandonas?

CASILDA. Nos ordenan que salgamos...

DUQUESA. Es preciso que a esta hora  
A su Majestad dejemos  
Con sus devociones sola.

Hace una reverencia profunda i todas se retiran.

## ESCENA II.

### LA REINA.

¡Sola con mis devociones!  
¡Decid con mi pensamiento,  
Que rudo, tenaz, violento,  
Perturba mis oraciones!

¿Qué hacer? ¿cómo huir de aquí?  
¡Pobre alma desesperada!...  
¡Oh! esa mano ensangrentada  
Que impresa en el muro ví!

¡Gran Dios! Sin duda está herido,  
¡Sufriendo horribles dolores!...  
I por dejarme esas flores  
¡Tan gran peligro ha corrido!

Al pasar con su coraje  
Esa verja que ha saltado,  
En una punta ha dejado  
Prendido un trozo de encaje.

¡Oh!... Pero una sola gota  
De esa sangre que amo tanto,  
Vale mas que todo el llanto  
Que del corazon me brota.

Cada vez que allí me siento  
Juro que no he de volver,  
Pero siempre sin querer  
Quebranto mi juramento.

¿I él? él que por por mí está herido,  
Que ignora mis agonías...  
¿Qué será? ya hace tres dias,  
Tres dias que no ha venido.

¡Oh! tú, quién quiera que fueres,

Tú que al verme abandonada,  
Sin pedir ni esperar nada,  
Sólo hacerme feliz quieres.

Tú que con tanto valor,  
Por el cual nada reclamas,  
Tu noble sangre derramas  
Por regalarme una flor!

Tú, a quien tus hechos abonan,  
Tú, que solo no me engañas,  
Tú, que a la reina acompañas  
Cuando todos la abandonan!

Gloria que el alma soñó,  
Incógnita sombra amiga,  
Que tu madre te bendiga  
Como te bendigo yo!

Se lleva vivamente la mano al corazón.

¡Oh! ¡su carta aquí me quema!

Volviendo a su desvarío.

¿I don Salustio?... ¡Gran Dios!  
Mi vida tienen los dos  
En una angustia suprema.

Yo siento do quier su planta  
Que me sigue i me desvela...  
Un ánjel que me consuela,  
I un demonio que me espanta!

Entre los dos veo ya  
Que mi destino me llama:  
Uno me odia, otro me ama...  
¿Cuál de los dos vencerá?

Se arrodilla ante la imájen.

Recemos..... Haz que el sosiego,  
Vírjen Santa, a mi alma baje.

Se interrumpe.

¡La flor!... ¡la carta!... ¡el encaje!...  
¡Dios mio! ¡todo es de fuego!

Saca del seno una carta arrugada, un ramito seco de flores azules i un pedazo de encaje manchado con sangre; lo arroja todo sobre la mesa i vuelve a arrodillarse.

Vírjen, estrella del mar,  
Esperanza del que llora...

Se interrumpe.

¡Oh! ¡esa carta me devora!

Vuelve la vista a la mesa; pero vuelve a ponerse de rodillas.

¡No! ¡no la quiero mirar!

Ven, ¡oh madre, a socorrer

A esta débil criatura!

Ven, ¡oh fuente de dulzura!...

Se levanta, dá algunos pasos hácia la mesa; luego se detiene, i por fin se precipita sobre la carta.

Quiero volverla a leer.

Voi a encantarme en su abismo,

I la romperé despues.

Con triste sonrisa.

¡Triste de mí! ¡si hace un mes

Que estoi diciendo lo mismo!

Abre la carta i la lee.

«Señora, a vuestros piés, en honda guerra

«Hai oculto en la sombra un desgraciado...

«Miserable gusano de la tierra,

«De una estrella del cielo enamorado.

«Que entre las sombras con su amor perdido,

«Dará por vos su alma i su ventura,

«I que al fin morirá desvanecido

«De miraros brillar en tanta altura!»

Cuando la sed en el seno

Se siente ruda crecer,

Apagarla es menester

Aunque sea con veneno.

Vuelve a guardar los objetos en el seno,

Preciso es que un amor santo

Halle en otra alma su nido...

Si el rei lo hubiese querido

Yo lo hubiera amado tanto!

Pero el rei me ha abandonado,

No quiere darme su amor...

Se abre la puerta del fondo i entra un ujier de gran uniforme.

UN UJIER. Carta del rei mi señor:

LA REINA. ¡Carta del rei! ¡Me he salvado!

ESCENA III.

LA REINA, LA DUQUESA DE ALBUQUERQUE, CASILDA, CAMARERAS, PAJES  
RUY BLAS.

Todos entran gravemente, la Duquesa a la cabeza; despues camareras, Ruy Blas se queda al fondo. Viste magnificamente; la capa cubre el brazo izquierdo. Dos pajes trayendo la carta sobre un rico cojin, llegan a arrodillarse a los piés de la reina.

RUY BLAS. (¿Donde estoi?... ¡Qué hermosa es!  
¡Oh! por qué hasta aquí he llegado?)

LA REINA. (Es un socorro del cielo)  
Dadme.

Se vuelve al retrato del rei.

¡Gracias, noble Cárlos!

A la Duquesa.

¿De donde viene esta carta?

DUQUESA. El rei de Aranjuez la ha enviado.

LA REINA. Pues desde el fondo del alma  
Le doi las gracias. Al cabo  
Ha comprendido mi esposo  
Que mi corazon cansado  
Necesitaba una frase  
De amor de sus reales labios.  
Dadme.

DUQUESA. Con una profunda reverencia.

Segun la costumbre,

Es solamente mi mano  
La que debe abrir las cartas...

LA REINA. ¿Todavía?... Leed.

CASILDA. (Veamos.)

DUQUESA. Leyendo  
«Señora, hace mucho viento,  
«I he muerto seis lobos,»—Cárlos»

LA REINA. (¡Cielos!)

GURIDAN. ¿Es todo?

DUQUESA. Si, conde.

CASILDA. (¡Ha muerto seis lobos!... ¡vamos!  
¡Esto es sublime! esto llena  
El corazon de entusiasmo!  
¿Teneis enfermo el espíritu,

Triste, sediento, apenado?  
¡El rei ha muerto seis lobos!  
Sobra para consolaros!

DUQUESA. Presentando la carta a la reina  
Si la reina quiere...

LA REINA. ¡Nó!

CASILDA. ¿I es eso todo?

DUQUESA. Está claro.

¿I qué mas es menester?  
Nuestro rei anda cazando  
I escribe lo que le pasa.

Mirando de nuevo la carta.

No, no escribe; lo ha dictado.

LA REINA. Tomando la carta i examinándola

Es verdad; solo la firma

Está escrita de su mano.

(Pero, ¡Dios mio! ¿qué es esto?

¿No es ilusion? ¿no me engaño?

¡Es la letra de la carta!)...

¿Quién esta carta aquí trajo?

DUQUESA. Señalando a Ruy Blas

Ahí le teneis.

LA REINA. ¿Ese jóven?

DUQUESA. El mismo.

CASILDA. (Es mui gallardo.)

DUQUESA. Es un escudero nuevo

Que el rei a la reina ha dado.

LA REINA. ¿Cuál es su nombre?

DUQUESA. Don César

De Bazan, apellido alto,

I segun lo que de él cuentan,

Cumplido en raza i en trato.

LA REINA. Bien... Le hablaré... Caballero...

RUY BLAS. (Me habla, ¡oh Dios!)

LA REINA. Acercaos,

Don César.

Ruy Blas se acerca pálido i temblando.

GURIDAN. (Ese mocito

¿Escudero?... ¡Malo... malo!)

LA REINA. ¿Habeis de Aranjuez venido?

RUY BLAS. Sí... señora.

LA REINA. ¿Allí ha dictado  
El rei para mí esta carta?

RUY BLAS. El rei estaba a caballo  
I la dictó... a un esudero  
De los que a su lado estábamos.

LA REINA. (Su mirada me penetra.  
Saber quiero, i sin embargo,  
A preguntar no me atrevo...)  
Está mui bien. Retiraos.  
¡Ah! decidme... ¿muchos nobles  
Iban con el rei cazando?  
(¿Por qué mirando a este jóven  
Me turbo i conmuevo tanto?)  
¿Quiénes eran?

RUY BLAS. Yo, señora,  
No les conozco; he pasado  
Allí mui pocos instantes.  
De Madrid me he separado  
Hace tres dias.

LA REINA. Mirándole con turbacion.

¡Tres dias!

RUY BLAS. (Es mujer de otro ¡Dios santo!  
¡I de quién!... Qué horrible abismo  
Mi corazon se ha cavado.)

GURIDAN. ¿Sois de la reina escudero?  
Pues yo debo señalaros  
Vuestro servicio. Esta noche  
Debeis pasarla velando  
Para abrir al rei la puerta  
Cuando venga...

RUY BLAS. (¡Qué he escuchado!  
¡Abrirle al rei! ¡yo!... ¡abrirle!)  
Pero el rei no está en palacio.

GURIDAN. Puede llegar de improvviso.

RUY BLAS. (¡Dios!)

GURIDAN. (Hola!

LA REINA. (¡Se ha puesto pálido!)

Ruy Blas vacila i se apoya en un sillón.

CASILDA. ¡Señora, va a desmayarse!

RUY BLAS. Sosteniéndose apénas.

No... no es nada... ya ha pasado...

El sol... el aire... quién sabe...

Ese camino tan largo...

(¡Abrirle al rei!)

Cae sobre el sillón; su capa se aparta i deja ver la mano izquierda envuelta en un jénero blanco manchado de sangre.

CASILDA. ¡Ai señora!

Está herido en una mano!

LA REINA. ¡Herido!

CASILDA. Se desvanece!

Pronto, pronto, démosle algo...

LA REINA. Aquí tengo yo una esencia.

Se busca en el seno; en el mismo instante se fija en el encaje de la manga de Ruy Blas

(El mismo encaje.)

Saca el pomo del seno i sale tambien el trozo de encaje que ocultaba en él. Ruy Blas lo ve. Su mirada i la de la reina se encuentran.

RUY BLAS. Oh!

CASILDA. ¡Vamos!

LA REINA. (Es él!)

RUY BLAS. (En su corazón!)

LA REINA. (¡El!)

RUY BLAS. ¡Dios de los desgraciados!

Hazme morir aquí mismo!

El desórden natural del momento, ha impedido a los demas observar lo que ha pasado.

CASILDA. ¿Cómo os habeis lastimado?

¿A qué, si estabais herido,  
De ese mensaje encargaros?

LA REINA. ¿Acabarás tus preguntas?

DUQUESA. Nada os importa: callaos.

LA REINA. Pues que él escribió la carta,  
El debió ser su emisario.

CASILDA. Pero el no ha dicho...

LA REINA. Oh! silencio!

CASILDA. ¿Os sentís algo aliviado?

RUY BLAS. ¡Oh! resucíto!

LA REINA. A las camareras. Queridas,  
Ya es hora de retirarnos.

A los pajes.  
El rei no vendrá, pues pasa  
Toda la estacion cazando.

Se va con su séquito a sus aposentos.  
CASILDA. (Algo medita la reina).

Se va por la misma parte llevándose la cajita de reliquias.  
Ruy Blas se queda como escuchando con profunda alegría las últimas palabras de la reina. El trozo de encajes ha quedado en el suelo, él lo recoge, lo besa con amor, luego alza los ojos al cielo.

¡Justo Dios! ya estoi pagado!

Lo mira extasiado.

Oh! sobre su corazon!

Lo guarda en el pecho. Entra don Guridan que habia seguido a la reina; camina a pasos lentos; llega hasta Ruy Blas sin hablar, saca a medias su espada i la mide con la vista con la de Ruy Blas; pero ve que no son iguales, i la vuelve a envainar. Ruy Blas lo mira con asombro.

#### ESCENA IV.

RUY BLAS, DON GURIDAN.

GURIDAN. Traeré dos del mismo largo.

RUY BLAS. No comprendo...

GURIDAN. En mil seiscientos

Cincuenta, un jóven gallardo,

Bello como los amores

I noble, aunque era bastardo,

Que se apellidaba Vasquez,

Se paseaba enamorado

Por bajo de los balcones

De mi querida, mas guapo

Que un capitan en su buque.

¡Yo lo maté!

Ruy Blas va a hablar, pero don Guridan lo contiene con el jesto.

Algunos años

Mas tarde, en sesenta i seis,

Un caballero preclaro,

El conde de Iscola, envió

A mi querida un regalo  
I un billetito amoroso  
Con uno de sus esclavos.  
Al esclavo hice matar,  
I yo mismo maté al amo.

RUY BLAS. Caballero...

GURIDAN. El año ochenta,  
Creyéndome yo engañado  
Por mi deidad i un don Tirso  
Que la andaba enamorando,  
Hermoso jóven, de aquellos  
Que brillan como los astros,  
Maté tambien a don Tirso.

RUY BLAS. En fin, ¿quereis explicaros?  
¿Qué quiere decir todo eso?

GURIDAN. Quiere decir que a las cuatro  
Sale el sol mañana, conde;  
I a esa hora ya está claro;  
Que detrás de la capilla  
Hai un lugar solitario  
Mui cómodo para hombres  
Que tienen firme la manø;  
Que vos os llamais don César  
De Bazan, i yo me llamo  
Don Gaspar de Guridan  
Tassis i Guevara. ¿Estamos?

RUY BLAS. Bien, señor, no faltarémos.

Desde algunos momentos ántes Casilda ha entrado por la puerta del fondo i ha oido las  
últimas palabras sin ser vista.

CASILDA. (¡Un duelo...corro a avisarlo!)

Desaparece por la misma puerta.

GURIDAN. Si quereis saber mi gusto,  
Señor conde, yo os declaro  
Que mucho me desagradan  
Esos mocitos rizados,  
Adornos de los salones,  
Prendados de sus mostachos,  
Que ya pasean radiantes  
I ya van jermiqueando;

I tomando ante las damas  
Ciertas posturas de teatro,  
Porque tienen un rasguño  
Suelen caer desmayados.

RUY BLAS. ¿Qué quereis decir?

GURIDAN.

Los dos

Al mismo bien aspiramos,  
Así es que uno de nosotros  
Está demás en palacio;  
Los dos en este recinto  
Con igual derecho estamos,  
Mas no es igual la partida  
Que los dos vamos jugando.  
Derecho de antigüedad  
Tengo yo; pero es mui claro  
Que siendo vos el mas jóven  
Me llevais mucho ganado;  
I a la verdad no me gusta  
Que cuando yo estoi cenando,  
Venga otro a la misma mesa  
Con los dientes afilados  
I con el aire triunfante  
Se siente hambriento a mi lado.  
No puedo luchar tampoco  
De amor en abierto campo,  
Porque sufro de la gota  
I no puedo dar asaltos.  
Además, no soi tan necio  
Para disputar luchando  
El corazon de una dama  
Contra un mancebo gallardo,  
I que está siempre tan pronto  
Para caer en desmayo.  
I por fin, como os encuentro  
Mui hermoso i mui ufano,  
Es necesario que os mate.

RUY BLAS. Pues bien, podeis ensayarlo.

GURIDAN.

Don César, mañana al alba  
En el lugar indicado,  
Sin criados ni testigos,

Si os place, nos degollamos  
Con daga i espada, como  
Jentes que valem algo.

Tiende la mano a Ruy Blas.

RUY BLAS. Estoy pronto... Pero que esto  
Quede siempre reservado!  
¡Hasta mañana!

(Se vá.)

GURIDAN. Pues nó,  
No le ha temblado la mano!  
Tener la muerte segura  
¡I no temblar... es un bravo!

Se abre la puerta de la cámara de la reina, i entra ésta trayendo la cajita con reliquias.

## ESCENA V.

DON GURIDAN, LA REINA.

LA REINA. Os buscaba.

GURIDAN. ¿A mí, señora?  
¿A qué debo honor tan alto?

LA REINA. Dejando la cajita en la mesa.  
Poca cosa... Hace un momento  
De varias cosas hablábamos  
I Casilda aseguraba,  
Vuestro deseo ignorando,  
Que vos por la reina haríais  
Cuanto se os pidiera.

GURIDAN. ¡Es claro!

LA REINA. Yo he sostenido que nó.

GURIDAN. Señora, ¿podeis pensarlo?

LA REINA. Ha dicho que vos daríais  
Vuestra alma si es necesario...

GURIDAN. Pues tiene razon Casilda.

LA REINA. Pues yo digo lo contrario.

GURIDAN. I yo sostengo que sí.

LA REINA. ¿Todo?

GURIDAN. ¡Todo!

- LA REINA.                   Pues veamos:  
Jurad que por complacerme  
Cumpliréis cualquier encargo.
- GURIDAN.                Por el santo rei Gaspar,  
Que es mi patron venerado,  
¡Lo juro! Mandad, señora,  
I os obedezco o me mato.
- LA REINA.                Tomando la cajita.  
Pues bien, sin perder un momento  
Vais a partir como un rayo,  
I llevaréis a mi padre  
Esta caja.
- GURIDAN.                (Me ha cazado.)  
¡A Neubourg?
- LA REINA.                Sí, a Neubourg.
- GURIDAN.                ¡Seiscientas leguas!
- LA REINA.                No tanto;  
Solo hai quinientas cincuenta.  
Mas, tened mucho cuidado  
Con las cintas que la envuelven.  
Que no se arruguen.
- GURIDAN.                ¿I cuándo  
Debo partir?
- LA REINA.                Al momento.
- GURIDAN.                Oh! mañana...
- LA REINA.                Sin retardo.
- GURIDAN.                Pero...
- LA REINA.                ¡Partid!
- GURIDAN.                Antes...
- LA REINA.                Nada!  
Vuestra palabra habeis dado.
- GURIDAN.                Un negocio...
- LA REINA.                Es imposible!
- GURIDAN.                Un dia!...
- LA REINA.                ¡Nó!
- GURIDAN.                Sin embargo...
- LA REINA.                Dadme ese gusto!
- GURIDAN.                ¡Bien! pero...
- LA REINA.                ¡No oigo!
- GURIDAN.                Mas...

LA REINA. No...  
GURIDAN. ¡Solo un plazo!...  
LA REINA. ¡Ninguno!  
GURIDAN. Sí...  
LA REINA. ¡Al instante!  
GURIDAN. Pero...  
LA REINA. Os daré un abrazo.

Lo abraza.

GURIDAN. Entre enojado i contento.  
¡Ya no resisto, señora!  
En el instante me marchó.  
(Dios se hizo hombre; pero  
Quien se hizo mujer fué el diablo.)

LA REINA. El carruaje ya está pronto.

GURIDAN. (¡Lo tenía preparado!)

Escribe algunas líneas, toca una campanilla i entra un paje.

A don César de Bazán

Esta carta.

LA REINA. Apresuraos.

GURIDAN. (Yo volveré, i a mi vuelta

Podré batirme i matarlo.)

Por daros gusto, señora,

Ya parto.

Toma la cajita, besa la mano a la reina i se vá.

LA REINA. ¡Adios!... (¡Le he salvado!)

CAE EL TELON.

---

# ACTO TERCERO.

---

RUY BLAS.

La sala de gobierno en el palacio del rei en Madrid. Al fondo una gran puerta colocada sobre algunas gradas; a la izquierda grandes cortinajes; a la derecha una ventana. A un lado una mesa cuadrada, cubierta con un tapiz de terciopelo verde rodeada por ocho o diez taburetes delante de otros taxtos pupitres puestos en la mesa. Tras de la mesa, frente al espectador, un gran sillón cubierto con un paño de oro con dosel i las armas de España timbradas con la corona real. Al lado del sillón una silla. Al levantarse el telon está reunida la junta del *Despacho Universal*.

---

## ESCENA I.

D. MANUEL ARIAS, *presidente de Castilla*.—DON PEDRO VELEZ DE GUEVARA, *conde de Campo-Real, consejero de capa i espada de la contaduría mayor*.—DON FERNANDO DE CORDOVA I AGUILAR, *marques de Priego, igual rango*.—ANTONIO UBI-LLA, *escribano mayor de rentas*.—MONTAZGO, *consejero de toga de la cámara de las Indias*.—COVADENGA, *secretario supremo de las Islas, Varios otros consejeros. Los de toga están vestidos de negro; los otros en traje de corte. Campo-Real tiene la cruz de Calatrava en el manto, Riego el toison de oro al cuello. Don Manuel Arias i Campo-Real, concersan en voz baja en el centro; los otros forman grupos.*

ARIAS. Esa fortuna, sin duda  
Debe ocultar un misterio.

C. REAL Ya tiene el toison de oro;  
Se llama duque de Olmedo:  
Secretario universal,  
Ministro...

ARIAS. En tan poco tiempo.

C. REAL. Alguna influencia oculta...

ARIAS. La reina...

C. REAL. La reina, ¡cierto!

Desde su viudez primera  
Está el rei del alma enfermo;  
Se encierra en el Escorial  
I deja a la reina el cetro.

ARIAS. I en ella reina don César,  
Mientras ella reina en el pueblo.

C. REAL. El vive de una manera  
Que no es natural al ménos.  
No ve a la reina, i parece  
Que ámbos evitan su encuentro.  
Lo sé mui bien, porque hace  
Seis meses que les observo.  
Don César tiene el capricho  
De vivir de todo léjos  
En una casa que siempre  
Está cerrada; dos negros  
Forman su único servicio,  
I son mudos.

ARIAS. ¿Mudos? eso

Es singular.

UBILLA. Que se ha acercado.

Pero en suma

El es un gran caballero.

C. REAL. Lo estraño es que quiera echarla

De juicioso i de modesto.  
Es primo de don Salustio,  
Que aún está en el destierro.  
De jóven este don César  
Fué el mas loco de su tiempo;

Gastó una herencia cuantiosa  
En mujeres i en paseos;  
Con el lujo de sus gastos  
Deslumbraba a todo el reino,

I un dia se fué, i nadio  
Supo qué se habia hecho.

ARIAS. Pues del gran loco los años

- Han hecho un cuerdo mui cuerdo.
- C. REAL.** El diablo se metió a fraile  
Cuando ya se sintió viejo.
- UBILLA.** Yo lo creo un hombre probo.
- C. REAL.** ¡Este Ubilla siempre crédulo!  
¿A quién esas prohibidades  
Deslumbran en estos tiempos?  
Ved... la casa de la reina  
Cuesta al año en buen dinero  
Como setecientos mil  
Ducados, a lo que creo;  
La cosa anda mui oscura,  
I en ese rio revuelto  
Debe pescarse mui gordo,  
Pues que ya todos sabemos:  
Agua turbia, pesca clara.

**PRIEGO.** Acercándose.

Con permiso, caballeros.  
Pienso que no andais prudentes  
Hablando en ese concepto.  
«¡Morded al rei!» me decía  
Mi difunto i sabio abuelo,  
«Mas besad al favorito.»  
Ahora, si os place, pasemos  
A ocuparnos de negocios  
Públicos.

Todos se sientan en torno a la mesa; unos toman plumas, otros hojean papeles.—  
Ociosidad jeneral.—Un momento de silencio.

**MONTAZGO.** Bajo a Ubilla.

Haced acuerdo  
De que para mi sobrino  
He pedido aquel empleo...

**UBILLA.** Tambien vos me prometisteis  
Proponer al mismo tiempo  
A mi primo Melchor de Elva  
Para bailío del Ebro.

**MONTAZGO.** Ya hemos dado a vuestro hija  
Una dote de gran precio,  
Tanto, que aun se celebran

Las fiestas de su himeneo.  
Es pretender demasiado...

UBILLA. Bajo.

Vuestro empleo tendréis luego.

MONTAZGO. Vos tendréis vuestro baillío.

Se estrechan la mano.

COVADEN. Levantándose.

¡Escuchadme, consejeros!  
Me parece necesario  
Fijar bien nuestros derechos,  
I hacer bien las particiones;  
Toda la renta del reino  
Repartida está en cien manos,  
I es preciso poner término  
A esta desgracia pública.  
Algunos tienen de ménos  
Lo que otros tienen de sobra;  
El añil lo tiene Priego;  
Ubilla tiene el tabaco;  
Campo-Real tiene el impuesto  
Que dan los ocho mil hombres,  
Del oro el cinco por ciento,  
La sal, el ámbar i mil  
Sumas que ya no recuerdo;  
I vos, Montazgo, que estais  
Con el ojo tan inquieto,  
Vos teneis para vos solo,  
Gracias a vuestros manejos,  
El derecho de la nieve  
I el impuesto del arsénico.  
Teneis además la lata  
I teneis los puertos secos,  
I a mas las multas que pagan  
Los que el palo merecieron,  
I las maderas de rosa  
I de los mares el diezmo  
I el plomo, en fin; miéntas yo,  
Yo, señores, nada tengo;  
Dadme, pues, alguna cosa.

C. REAL. Estallando de risa.  
¡Oh! ¡el bribon! los provechos  
Mas saneados son los suyos;  
Tiene el mui pícaro viejo  
Las islas de los dos mares.  
Con un pié sobre Mallorca,  
Todos aquí ya sabemos  
Que en el mismo Tenerife  
El otro pié tiene puesto.

COVADEN. Acalorado.  
Yo sí que no tengo nada.

PRIEGO. Riendo.  
Pero vos teneis los negros.

Todos se levantan i hablan a un tiempo como disputando.

MCNTAZGO. Yo soi quien debo quejarme,  
I solo las selvas quiero.

COVADEN. A Priego.  
El arsénico vos dadme  
I yo los negros os dejo.

Desde algunos momentos ántes Ruy Blas, que ha entrado por la puerta del fondo, ha asistido a la escena sin ser visto; viste de terciopelo negro con manto de escarlata i pluma en el sombrero; el toison de oro al cuello. Primero les oye en silencio, luego avanza a pasos lentos hasta que aparece de repente en medio de todos.

## ESCENA II.

DICHOS, RUY BLAS.

RUY BLAS. ¡Buen provecho, señores!

Todos se vuelven llenos de sorpresa e inquietud. Ruy Blas, cruzado de brazos, les mira de frente i prosigue.

¡Oh, ministros honrados!  
¿Así a la noble patria vuestros servicios dais?  
¡Ah! no teneis vergüenza, i escojéis esta hora  
En que la España triste i agonizando está?  
¿No os mueven al trabajo mejores intereses  
Que repletar la bolsa para despues fugar?  
¡De Dios seais malditos, sepultureros viles,  
Que venís en su tumba la patria a despojar!  
Mirad en torno vuestro: la España i su grandeza,

La España i sus virtudes, todo a la par se vá.  
Desde Felipe IV, sin combatir siquiera,  
Llevamos ya perdidos Brasil i Portugal.  
Todo entero el Condado desde uno al otro extremo,  
Steinfort en Luxemburgo i en Alsacia Brisach;  
Rosellon, Ormuz, Goa, las Montañas Azules,  
Seis mil leguas de costa i Pernambuco a mas!  
Como si vuestro rei fuera solo un fantasma,  
La Inglaterra i la Holanda reinan aquí a la par;  
Roma misma os engaña; el Piamonte, aunque amigo,  
Para mandarle tropas no es mucho de fiar.  
La hora favorable de caeros encima  
La Francia con el Austria solo aguardando están.  
De Baviera el Infante ya sabeis que se muere;  
En cuanto a los vireyes, Medina siempre audaz  
Con sus amores llena de escándalos a Nápoles;  
Legañez pierde a Flandes, Vaudemont a Milan.  
¿I dónde está el remedio? El estado está pobre,  
Ni plata hai en sus arcas, ni tropas tampoco hai.  
Mas de trescientas naves, sin contar las galeras,  
De Dios ante el enojo nos ha tragado el mar.  
¡I aún osais!... por cierto, señores, en veinte años  
El pueblo soportando su carga sin chistar,  
Para vuestras orjías ese pueblo ha sudado  
¡Ciento treinta millones! ¡ i aún le pedís mas!  
¡Ah! ¡sí! ¡me dais vergüenza! I aquí dentro de España  
Los bandidos son dueños del campo i la ciudad;  
Como si fuera poco la guerra de los príncipes,  
Se hace en grande i pequeño la guerra cada cual;  
Provincias a provincias, conventos a conventos,  
Cada uno al vecino queriendo devorar.  
Los templos arruinados son nidos de culebras,  
La yerba en ellos crece, porque la cruz no está.  
Los grandes no por ellos, por sus abuelos valen;  
Todo se hace en intriga, nada por lealtad.  
España es la cloaca donde las impurezas  
De las demas naciones vienen a fermentar.  
Los magnates no tienen ahora a su servicio  
Sino esos matachines sin patria i sin hogar,  
De Flándes i de Suiza, de Jénova i Cerdeña,

Que una Babel han hecho de nuestra capital.  
El alguacil al pobre le chupa hasta la sangre;  
De noche se asesina con toda impunidad;  
Ayer en plena calle yo mismo fui robado.  
La mitad de Madrid roba a la otra mitad.  
Los jueces todos tienen vendida la justicia;  
Los soldados desnudos, ni paga tienen ya.  
Nosotros, vencedores del mundo ¿qué tenemos  
Del poderoso ejército que al mundo hizo temblar?  
Apénas seis mil hombres, judíos, montañeses,  
Vestidos con harapos i armados con puñal.  
Con tropas de bandidos se unen los rejimientos  
I los soldados salen por la noche a robar.  
Matalobos mantiene mas tropas que un magnate.  
I al mismo rei la guerra le hace el ladron audaz.  
¡Ai! hasta los patanes que vagan por los campos  
A vuestro rei insultan cuando lo ven pasar,  
I él, vuestro rei, vuestro amo, doliente i temeroso,  
A solas con los muertos que guarda el Escorial,  
Sombrio i agraviado la triste frente inclina  
Porque el imperio siente sobre ella desplomar.  
¡Ya veis! ¡la Europa altiva con su talon aplasta  
Al pueblo ayer tan grande i hoi tan incapaz.  
El Estado está en ruinas, i lo poco que resta  
Vosotros insaciables aquí lo disputais!  
Este glorioso pueblo de miembros enervados,  
Sobre el cual vuestras garras pesando siempre están,  
Como el leon herido que roen los gusanos,  
Viendo que todo espira, tambien quiere espirar.  
¡Oh, Cárlos V! ¿qué haces dormido en tu sepulcro?  
¿Qué haces bajo esta bruma de oprobio i de maldad?  
¡Deja la tumba i mira, emperador grandioso!  
Los buenos a los malos les dejan el lugar;  
Este reino compuesto de imperios que él venciera,  
Si tú no lo socorres a derrumbarse vá.  
¡Alzate, Cárlos V, emperador jigante,  
Porque España, tu España comienza a agonizar!  
El globo que en tu mano brillaba portentoso,  
Cual si desde ella el mundo saliera a iluminar,  
Ahora oscurecido, perdiéndose en la sombra,

La gloria de otro pueblo su luz eclipsará.  
Tu herencia ¡ai! está en manos de ruines mercaderes  
I ellos tu cetro venden al peso del metal.  
Una jauría infame de sórdidos pigmeos  
Se atreven de tu manto sus trajes a cortar;  
I el águila altanera, la que llenaba el mundo  
De truenos i de llamas, el águila imperial,  
Pobre ave desplumada se cuece en su caldero  
Mientras ellos esperan sus huesos devorar!

Los consejeros callan consternados. Solo el marques de Priego i el conde de Campo-Real alzan la cabeza i miran a Buy Blas con cólera. Campo-Real despues de hablar con Priego va a la mesa, escribe algunas palabras en un papel, firma i hace firmar al marqués. Despues designando a éste, entrega el papel a Ruy Blas.

C. REAL. Señor duque, Priego i yo  
La renuncia presentamos.  
RUY BLAS ¡Gracias!... con vuestras familias  
Os retiraréis entambos:  
Vos, Priego, en Andalucía,  
I vos a vuestros estados  
De Castilla. Que mañana  
Se obedezca este mandato.

Ambos se inclinan i salen soberbios i con el sombrero puesto. Ruy Blas se vuelve a los otros.

Cualquiera de entre vosotros  
Que de esto esté digustado,  
Puede al momento seguirlos.

Silencio jeneral. Ruy Blas se sienta a la mesa en una silla con dosel colocada a la derecha del sillón real, i se ocupa en abrir alguna correspondencia. Mientras que recorre las cartas, Covadenga, Arias i Ubilla cambian algunas palabras en voz baja.

UBILLA. A Covadenga.  
Hijo, tenemos un amo.  
Este hombre será grande.  
ARAIAS. Si acaso tiempo le damos...  
COVADEN. I si acaso no se pierde  
Por querer todo observarlo.  
UBILLA. Llegará a ser Richelieu...  
ARIAS. U Oivares...  
RUY BLAS. ¡Cielo santo!  
¡Un complot! ya veis, señores,  
Como yo no andaba errado.

Leyendo.

«Duque de Olmedo, velad.  
Algo se está preparando  
Para arrancar de Madrid  
A álguien de mucho rango.»  
No se nombra a la persona  
Ni tampoco se han firmado.  
Yo velaré.

Entra un ujier de corte que se acerca a Ruy Blas con una profunda reverencia.

¿Qué sucede?

EL UJIER. Vengo, Excelencia, a anunciaros  
Al embajador de Francia.

RUY BLAS. Decid que estoi ocupado.

EL UJIER. El nuncio imperial espera  
A su Excelencia hace rato.

RUY BLAS. ¿A esta hora? Imposible.

El ujier se inclina i sale. Momentos ántes ha entrado un paje vestido de librea color fuego con galones de plata, i se ha acercado a Ruy Blas. Este al verle despide al ujier.

¡Ah! ¡mi paje!... Retiraos...

EL PAJE. El conde don Guridan  
Que de Neubourg ha llegado...

RUY BLAS. Bien. Enséñale mi casa,  
I que mañana le aguardo.

El paje se vá. A los consejeros.

Volved dentro de dos horas  
Para seguir el trabajo.

Ruy Blas solo, da algunos pasos presa de profunda reflexion. De repente en un ángulo del salon, se abre el cortinaje i aparece la reina. Viste de blanco con la corona en la cabeza; parece radiante de alegría i mira a Ruy Blas con admiracion i respeto. Sostiene con una mano el cortinaje, tras el cual se ve una especie de gabinete oscuro donde se distingue una pequeña puerta. Ruy Blas al volverse ve a la reina i queda como petrificado.

### ESCENA III.

RUY BLAS, LA REINA.

LA REINA. ¡Oh! ¡gracias!

RUY BLAS. ¡Cielos!

LA REINA. ¡Gracias, caballero!

Escuché vuestro acento soberano,

I agradecida i entusiasta quiero  
Estrechar en la mia vuestra mano.

Se dirije vivamente hácia el i le estrecha la mano.

RUY BLAS. (Huir seis meses de ella!...i un momento)...

¿Estabais ahí... señora?

LA REINA. Sí, allí estaba;

Oia, duque, vuestro noble acento  
I con toda mi alma os escuchaba.

RUY BLAS. I yo ni sospechaba...Mas, señora,  
Ese aposento...

LA REINA. Es un retiro oscuro  
Cuya existencia todo el mundo ignora  
I está hecho a propósito en el muro.  
Desde allí muchas veces mi marido,  
Torva la frente, fria la mirada,  
A esos viles consejos ha asistido.

RUY BLAS. I el rei entónces ¿qué decia?

LA REINA. ¡Nada!

RUY BLAS. ¿I qué hacia?

LA REINA. ¿Qué hacia? ¡Iba de caza!  
Pero vos, duque, ¡oh! vos, qué diferencia!  
Yo oigo aún vuestro acento que amenaza  
Castigando a la vez tanta insolencia.  
Sí, yo os veia; altiva la mirada  
Con rayos tremebundos les heria;  
Vuestra voz, como el filo de una espada,  
Estremecer cobardes les hacia.  
¿Dónde habeis tales cosas aprendido?  
¿Por qué hai en vuestra voz la voz de un amo?  
¿Por qué sois cual Dios mismo hubiere sido,  
Tan terrible i tan grande?

RUY BLAS. ¡Porque os amo!

Porque veo que quieren aplastaros!  
Porque este amor tan puro i tan profundo  
Me da tanto poder, que por salvaros  
Capaz me siento de salvar al mundo!  
Yo soi un desgraciado que os adora....  
Yo pienso en vos como en la luz el ciego....  
Mil sueños i otros mil hora por hora  
Encienden en mi alma eterno fuego!

Os adoro en la sombra, desde lójós...  
Ni a miraros de cerca me atreviera!  
De vuestra faz me aturden los reflejos  
Cual si de un ángel el semblante viera!  
Supierais cuánta pena yo he escondido!  
Seis meses esta llama he devorado;  
I huyendo de encontraros, he sufrido  
Como debe sufrir un condenado!  
Os amo! sí!...No sé lo que merezco  
Con este amor al atreverme tanto!  
Si mi vida quereis, aquí os la ofrezco!  
Mi pobre corazon tiembla de espanto!  
¡Perdonadme!

LA REINA.                   ¡Oh! habla, que me encantas!  
Nadie me habló jamas de tal manera.  
Con tu palabra al cielo me levantas  
I rindo a tu mirada el alma entera!  
¡Ah! si supieras! yo era quien sufría  
Miéntras tú me evitabas...oh! no puedo,  
No debo decir esto todavía...  
¡Oh! soi mui desgraciada! tengo miedo!

RYU BLAS. Por favor, continuad!...Estasiado  
Está mi corazon...

LA REINA.                   Pues...escuchad!  
Si! le voi a decir cuanto he callado;  
Si es un crimen, qué hacer! no puedo mas!  
Cuando en el corazon fermenta el llanto  
Hai que dejarle desbordar su lava!  
Tú huías de la reina? Pues en tanto  
Solicita la reina te buscaba!  
Siempre vengo a esa puerta:...mi cabeza  
Por tus grandes ideas exaltada,  
I admiro de tu jenio la grandeza  
I quedo en tus palabras extasiada!  
Desde há seis meses yo por elevarte  
Te he llevado a la cumbre del poder.  
Donde Dios ha debido colocarte,  
Te coloca radiante una mujer!  
Tú quizás lo ignorabas... yo te admiro!  
Siempre por mí velando, en el misterio...

Antes era una flor en mi retiro  
I ahora me regalas un imperio!  
Primero te ví bueno, jeneroso;  
Despues te he visto grande, omnipotente;  
Esto es lo que hace palpar ansioso  
De la mujer el corazon ardiente.  
Si hago mal ¿por qué ¡oh cielo! se me lanza  
En esta tumba de fatal dolor,  
Sin un rayo dorado de esperanza,  
Sin una brisa de sonriente amor?  
Talvez un dia te abriré este abismo...  
Siempre sola, i a veces humillada...  
Mira... puedes juzgarlo ahora mismo:  
Mi cuarto de dormir me desagrada.  
Tú saber debes, pues lo sabes todo,  
Que hai cuartos en que el alma está mas triste,  
I he querido cambiarlo de algun modo;  
Pero hasta este placer se me resiste,  
No soi mas que una esclava...pero el cielo  
Para esto sin duda aquí te ha enviado:  
• Salvar la España que se viene al suelo,  
I amar algo a este sér tan desgraciado!  
Todo lo digo así, loca, sin calma,  
Pero vos veis que tengo la razon...

**RUY BLAS.** Cayendo de rodillas.

¿Ah! señora!.....

**LA REINA.** Don César, te doi mi alma!

Soi tuya por la fé del corazon!

La mujer se confia a tu nobleza;

La guarda de mi honor tu honor la abona...

César! alza orgulloso la cabeza:

Porque tienes del jénio la corona!

Besa a Ruy Blas en la frente, i se va por la puerta secreta.

ESCENA IV.

RUY BLAS, solo.

¡El cielo ante mí se ha abierto!  
¡Hoi renazco de improviso!  
Me parece que despierto  
En medio del paraiso!  
I saltan en mi memoria,  
Formando ilusion querida,  
Irradiaciones de gloria,  
Exhuberancias de vida.  
Respiro bajo el imperio  
De celestial altivez.  
Do quier éxtasis, misterio...  
Do quier orgullo, embriaguez...  
Todo lo que eleva el ser  
A la alta divinidad:  
El amor en el poder  
I amor en la majestad.  
La gloria en mí se derrama  
Cual no la soñé jamás...  
Pues que la reina me ama,  
Soy mas que el rei, ¡mucho más!  
Me siento desvanecido  
Con dicha tan verdadera...  
Su amor al mio rendido  
I a mis piés la España entera.  
Esa divina criatura,  
Mujer tan solo en el nombre,  
Con su voz me transfigura  
Haciéndome mas que un hombre!  
I estoi seguro ¡sí! es ella,  
Es ella la que me ha hablado...  
Pasó como una centella,  
Pero su luz me ha dejado.  
Sí ¡fué ella! aún se retrata  
¡En mi mente aquel tesoro!  
Su diadema era de plata  
I su brazaletes de oro.

Aún creo verla a mi lado,  
I aún creo escucharla, ¡sil!  
¡Pobre ángel adorado!  
¡Dijo que fiaba en mí!  
Si el amor desde la altura  
Manda Dios a nuestro seno  
Para mezclar en su hechura  
Lo que es grande a lo que es bueno;  
Yo, que ya no temo nada,  
Ni el odio ni la perfidia;  
Yo, cuya alma así elevada  
Diera a los reyes envidia;  
Delante Dios que me escucha,  
I por este amor tan puro,  
Señora, en la trista lucha  
Podeis confiar, os lo juro,  
Como mujer en mi amor,  
Como reina en mi poder!  
Grande en dicha i en honor,  
¡Ya nada puedo temer!

Momentos ántes ha entrado por la puerta del fondo un hombre envuelto en una gran capa, con sombrero galoneado de plata. Se ha acercado lentamente a Ruy Blas, i en el instante en que éste extasiado en su felicidad eleva la vista al cielo, el hombre le pone bruscamente la mano en el hombro; Ruy Blas se vuelve como despertado súbitamente; el hombre deja caer su capa i aparece don Salustio vestido con una librea igual a la del paje de Ruy Blas.

## ESCENA V.

RUY BLAS, DON SALUSTIO.

D. SALUST. Buenos días!

RUY BLAS. (¡Gran Dios! ¡Estoi perdido!)

D. SALUST. Apuesto a que ya en mí no se pensaba.

RUY BLAS. En efecto, me encuentro sorprendido...

(Al ángel me volvía,

I el demonio en la sombra se acercaba!)

Corre el cortinaje que oculta el gabinete secreto, echa el cerrojo de la puerta, i vuelve temblando hácia don Salustio.

D. SALUST. Pues bien... ¿I cómo va?

RUY BLAS. Esa librea...

D. SALUST. Entrar en el palacio yo queria...  
Con este traje se entra a todas partes,  
Tomé vuestra librea, i a fé mia  
Que la encuentro a mi gusto.

RUY BLAS. Pero temo por vos...

D. SALUST. ¡Temor risible!

RUY BLAS. Como estáis desterrado...

D. SALUST. Sí, es posible...

RUY BLAS. Si álguien os reconoce...

D. SALUST. ¡Bah! las jentes felices de la corte,  
¿Perderian su tiempo tan preciado  
En recordar el rostro de un caido?  
I además ¿quién se fija en un criado?

Se sienta; Ruy Blas permanece de pié.

I a propósito... veamos,  
¿Qué se dice en Madrid? Contadme, ¿es cierto  
Que hiperbólicamente enamorado  
De la pureza de las arcas reales  
Habeis al noble Priego desterrado?  
Era vuestro pariente:  
Ambos sois por la madre Sandoval,  
I puestos los blasones frente a frente  
Veréis que son iguales.  
¡Qué diablo! entre parientes no se hace eso;  
Los lobos no se visten de corderos  
Por comerse ellos mismos.  
Para vuestro interes abrid los ojos,  
Cerradlos para asuntos de tercero.  
Cada cual para sí.

RUY BLAS. Mas, sin embargo,  
Para el señor de Priego  
Debia ser el mas terrible cargo  
Agravar las penurias de la España.  
Debemos poner luego  
Un formidable ejército en campaña,  
I están secas las arcas del Estado.  
El heredero bávaro se muere;  
Ayer el conde de Harrach  
En nombre de su rei me lo ha anunciado.

I al fin si el archiduque despues quiere  
Sostener su derecho,  
La guerra ha de estallar hoy o mañana.

D. SALUST. Siento un poco de frio...  
Tened a bien cerrar esa ventana.

Ruy Blas, pálido de vergüenza i desesperacion, vacila un momento; luego hace un esfuerzo, va lentamente a la ventana, la cierra, i vuelve hácia don Salustio, que siempre sentado lo ha seguido con los ojos con aire indiferente.

RUY BLAS. Pensa l lo inconveniente que es la guerra:  
No tenemos dinero...  
Solo nuestra honradez salvará a España...  
I yo al ver que la patria es lo primero,  
Cual si listo el ejército estuviese  
He mandado que al Austria se dijese  
Que pronto estoi al duelo...

D. SALUST. Interrumpiéndole i mostrándole su pañuelo, que se le ha caido al entrar.  
Perdonad..... recojedme mi pañuelo.

Ruy Blas, como en tortura, vacila, luego se inclina, recoge el pañuelo, i lo entrega don Salustio, que lo pone en su bolsillo i dice:

¿Deciais?

RUY BLAS. Con un gran esfuerzo.

Que la España necesita  
Que lo olvidemos todo por salvarla.  
Siempre a quien sus grandezas resucita  
Bendicen las naciones.  
Que nuestros nombres el país bendiga;  
Arranquemos las sombras a la intriga  
I la máscara ruin a los bribones.

D. SALUST. Hombre, eso no es de buena compañía;  
Fuera de que tiene algo de pedante  
Hacer por nada tanta algarabía.  
Un millon mas o ménos devorado...  
Vaya un motivo para tanta saña!  
Caro mio, los nobles no son jente  
De vuestra ruin calaña;  
Ellos viven i gastan grandemente.  
I qué hermosa figura  
La de un jentil desfacedor de entuertos,  
Siempre inflado de cólera i de orgullo!

Pero ¡bah! vos quereis desde la altura  
Que os adoren i os miren boquiabiertos  
Los bajos mercaderes i burjeses...  
Dejad esas vejeces!  
Los intereses públicos! primero  
Cuidad los vuestros. El honor de España!  
Es palabrota hueca que los otros  
Harán sonar lo mismo.  
La popularidad... es el dinero.  
¡Bonito oficio el de vivir rondando  
Como perro guardian de las gavelas!  
Virtud! fé! probidad! modas añejas,  
Que en tiempo de mi abuelo ya eran viejas!  
Vos no sois ningun tonto;  
Pero veo que se hace necesario,  
Antes que crezca el mal, curaros pronto.  
Vos no habiais nacido, i ya nosotros,  
Bien sea a puntapiés o alfilerazos,  
En medio de la burla i la alegría,  
De ese globo arrancábamos pedazos  
I escaparse mirábamos  
Todo el viento de tanta bobería

RUY BLAS. No obstante, monseñor...

D. SALUST.

Sois admirable...

Mas vengamos ahora a lo que importa:  
Me esperaréis mañana todo el día  
En vuestra casa, en la que yo os he dado.  
Toca a su fin la trama que tejia...  
No dejeis ni un criado  
Excepto los dos mudos. Un carruaje  
Debeis tener en el jardin oculto  
I que esté listo para un largo viaje.  
Os enviaré el dinero necesario.  
Nada olvideis

RUY BLAS.

Seréis obedecido.

Todo lo haré ...pero juradme ántes  
Que en nada de este asunto  
Se mezclará a la reina...

D. SALUST.

¿I qué os importa?

RUY BLAS. Sois un hombre terrible!  
¡Ah! siento mis rodillas vacilantes...  
Vos me arrastrais a algun abismo horrible.  
Estoi en vuestras manos, i entreveo  
Algo mui espantoso.  
Apiadaos de mí! ah! si supierais!  
Os debo abrir mi pecho receloso...  
Para ella sola la piedad reclamo...  
Juzgadlo por vos mismo!  
Ah! vos no lo sabiais!...pues...yo la amo!

D. SALUST. Ya lo sabia.

RUY BLAS. ¡Lo sabiais!

D. SALUST. ¡Vaya!

¿I qué hai con eso?

RUY BLAS. Luego el miserable

Así como jugando

Me hace sufrir dolor tan horroroso!

Dios, que así me probais, Dios poderoso,

Tenedme compasion!

D. SALUST. ¿Estais soñando?

Os tomais a lo sério, segun veo.

Amigo, está gracioso!

Como os lo he dicho, vuestro bien deseo;

Voi hácia un fin que solo yo conozco,

A vos os toca obedecer tranquilo.

Luego...un pesar de amor es poca cosa;

Cuestion de un dia, no es un caso sério.

¿Sabeis que en este asunto

Se trata de la suerte de un imperio?

¿Qué es la vuestra a su lado? I en tal punto

Os voi a decir todo, i lo que esplico

Tratad de comprenderlo sin disgusto:

Yo soi un hombre bueno, suave i justo;

Mas; qué diablo! un lacayo, grande o chico,

No es al fin mas que un vaso

Donde quiero vaciar mi fantasía.

Nosotros os tomamos al acaso;

Vuestro amo obra en vosotros a su antojo,

Segun tenga su humor de cada dia;

A su antojo os disfrazo blanco o rojo.

Yo os he hecho un señor, papel fantástico,  
El traje es acabado;  
Mas nunca lo olvideis, sois mi criado.  
A la reina aquí amais por accidente,  
Ni mas ni ménos como en otro traje  
Fuérais de pié detras de mi carruaje.  
Sed, pues, mas razonable.

ROY BLAS.

¡Dios Clemente!

¿De qué crimen es este el gran castigo?  
¿Qué es lo que hecho, Dios omnipotente?  
Vos que sois nuestro padre venerado,  
¡No me dejeis morir desesperado!  
¡Ah! i así, monseñor, tan friamente,  
Sin culpa alguna mia, i con tal calma,  
Sin que sufrais vos mismo,  
Por ver agonizar una pobre alma  
¿Me arrojais sin piedad en este abismo?  
¡Tomar el corazon de un desgraciado  
Lleno de fé, de amor i de esperanza,  
Torcerlo i retorcerlo hasta arrancarle  
En la vida que esprime una venganza!  
¡Por qué es una venganza! i adivino  
Que es contra la reina  
¿I ahora qué puedo hacer? Ir hasta ella  
I descubrirlo todo? ¡Dios divino!  
Ser ahora a sus ojos  
Un objeto de horror i repugnancia,  
Un bribon de dos caras... un perdido...  
Un ser vil, aunque lleno de jactancia,  
¡Un ser a quien se azota i se despide!  
¡Nó! ¡jamás!... ¡la razon se me oscurece!

Pausa.

¡Dios! ¿cómo existen tan terribles males?  
Preparar una máquina en la sombra;  
Armarla de rodajes infernales...  
I luego, para ver si está corriente,  
Echarle cualquier cosa, una librea,  
:Un lacayo!... moverla de repente  
I ver despues salir de entre las ruedas  
Trozos llenos de sangre que aún humea;

Una cabeza rota en mil pedazos,  
Un corazon abierto que aún palpita,  
I restos de pulmones i de brazos!  
¡I no sentir que el corazon se ajita  
Al ver que, sea como quiera el nombre,  
Dentro de ese lacayo habia un hombre!

Volviéndose a don Salustio.

Mas, todavía es tiempo;  
Aún no se mueve la terrible rueda.

Se arroja a sus piés.

¡Piedad! señor, por mí! ¡piedad por ella!  
¿Vos sabeis cuán leal os he servido!  
Compadeceos! ¡sí! vuestra alma es bella...  
¡Piedad!

D. SALUST. Este hombre aún no ha comprendido.  
Me está dando impaciencia...

RUY BLAS. ¡Piedad!

D. SALUST. ¡Basta!

Dejásteis mal cerrada esa ventana,  
I estoí sintiendo frio.

Va a cerrar la ventana.

RUY BLAS. Levantándose.

¡Ya es demasiado!... Ahora yo soi duque  
De Olmedo ¡soi ministro omnipotente!  
¡I bajo la amenaza alzo la frente!

D. SALUST. ¿Qué decis? Repetid lo que he escuchado.  
¿Ruy Blas duque de Olmedo? ¡Qué locura!  
Don César de Bazan es el nombrado  
Como duque de Olmedo.

RUY BLAS. Voi a hacer que os arresten.

D. SALUST. Pues yo entónces  
Voi a decir quien sois...

RUY BLAS. Pero ..

D. SALUST. ¡Mas quedo!  
Me acusaréis, ¿i qué? Yo he arriesgado  
En esto mi cabeza con la vuestra;  
¡Ello estaba previsto!  
¡Pensasteis mui lijero haber triunfado!

RUY BLAS. ¡Todo lo negaré!

D. SALUST. ¡Bah! ¡sois un niño!

RUY BLAS. Vos pruebas no teneis.

D. SALUS. Ni vos memoria.

Lo que digo jamas lo digo en vano.

Sabed que en esta historia

Vos sois tan solo el guante, i yo la mano.

Bajo i acercándose mucho a Ruy Blas.

Si en todo no obedeces; si mañana

En tu casa mis órdenes no esperas;

Si a alguno en este mundo

La palabra mas leve le dijeras;

Si tus ojos, tu jesto o tu figura

Dejasen traslucir la menor cosa,

La que víctima es de tu aventura,

Esa por quien tú temes, ¡desgraciada!

Aquí i en todo el mundo

¡Será públicamente deshonorada!

I luego, porque nada quede oscuro,

Ella recibirá bajo de un sobre

Un papel que yo guardo mui seguro,

I será de un efecto soberano:

Escrito, tú recuerdas por qué letra,

Firmado, tú bien sabes por qué mano!

I ella leerá: «Yo, Ruy Blas,

«Lacayo de monseñor

«Don Salustio de Bazan,

«Me comprometo a servirle

«Con discrecion i lealtad

«En todo lo que me mande

«Público o particular.»

RUY BLAS. Anonadado i con voz ahogada.

Basta, señor... haré vuestro mandado...

Se abre la puerta del fondo i se ve venir a los consejeros del consejo privado. Don Salustio se envuelve rápidamente en su capa.

D. SALUST. ¡Oh!... señor duque, soi vuestro criado!

Saluda profundamente a Ruy Blas i se va.

CAE EL TELON.

# ACTO CUARTO.

---

DON CÉSAR.

Pequeña cámara suntuosa i sombría; techo i muebles de antigua forma i viejo dorado; cortinajes igualmente antiguos de terciopelo carmesí, ajado, con anchos galones de oro que los dividen en bandas verticales. Al fondo una puerta de dos hojas; a la izquierda una gran chimenea esculpida del tiempo de Felipe II, con escudo de fierro batido en el interior. Al lado opuesto una pequeña puerta que dá a un gabinete oscuro. A la izquierda una ventana con barrotes de fierro colocada mui alto. Algunos viejos retratos ahumados i medio borrados. Un ropero con espejo de Venecia. Grandes sillones del tiempo de Felipe III. Un armario mui adornado embutido en la pared. Mesa cuadrada con recado de escribir; en un rincon un pequeño velador redondo con piés dorados. Es de mañana.

Al levantarse el telon, Ruy Blas, vestido de negro, sin capa i sin el toison, se pasea vivamente ajitado. En el fondo está su paje inmóvil, como esperando órdenes.

## ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS, el PAJE.

RUY BLAS. Como hablándose a sí mismo.

¿Qué hacer? Ella ante todo! solo ella!  
Aunque estallar debiera mi cerebro,  
Aunque el cadalso horrible me esperara,  
Aunque debiera abrirseme el infierno!  
Yo la debo salvar...sí! pero cómo?  
Dar mi sangre, mi alma, nada es eso!  
¿Cómo romper la trama abominable?  
¿De qué manera adivinar, oh cielo!

Lo que ha podido maquinarse ese hombre?  
El sale de repente del misterio,  
I se vuelve a su noche... ¡allí, solo,  
Quién sabe lo que él hace? Ah! cuando pienso  
Que por mí mismo le rogué un instante...  
Obré como un cobarde, como un necio!  
¿Cómo he podido imaginar siquiera  
Que entre sus manos la venganza viendo  
Fuera ese infame a perdonar la reina  
Por compasión a su sirviente? Oh, ciego!  
¿Quién a los tigres compasión inspira?  
Pero tú, miserable, a todo precio  
Debes salvarla, tú que la has perdido!  
Todo acabó!... Cuán bajo ahora me veo  
Después de haber subido a tanta altura!  
¿Habré soñado? Oh! salvarla quiero...  
Pero él... ¿por qué puerta, por qué trampa  
¡Va a llegar ese hombre del infierno?  
¡Ai! como en esta casa endemoniada,  
En mi vida, en mi alma él es el dueño:  
Tiene todas las llaves: a su antojo  
Puede entrar i salir cualquier momento,  
I pisotearme el corazón si quiere  
Tal como pisa indiferente el suelo.  
Sí! yo soñaba.. acaso la fortuna  
Trastorna cuando es rápida el cerebro?  
¡Ah! mi razón, que yo creí tan firme,  
Llevada en alas de huracán violento,  
Vuela cual débil hoja destrozada.  
Yo estoy loco... no sé ni lo que pienso...  
Qué hacer... Antes que todo, impedir que ella  
Se mueva del palacio... Ese es el medio...  
Todo está tan oscuro en torno mio...  
Yo no veo el peligro, mas lo siento...  
Sí, lo primero es impedir que salga;  
Mas ¿por quién prevenirla? aquí no tengo...

Piensa con abatimiento; de repente, como asaltado por una idea i un rayo de  
esperanza alza la cabeza.

Don Guridan la ama! Es leal i noble.

Hace al paje señas de accorarse.

Paje,...al instante, sin tomar aliento  
Donde don Guridan vé de mi parte.  
Dale escusas i dile que al momento  
Vea a la reina i la suplique i ruegue  
En mi nombre, en el suyo, por el cielo,  
Que en tres dias no salga del palacio  
Ni un solo instante i por ningun pretesto.  
Ah!

Llamando al paje i escribiendo en una hoja de su cartera.

Que le dé a la reina esta palabra

Leyendo lo que escribe.

«Seguid de Guridan todo consejo.»

Dobla el papel i lo da al paje.

En cuanto al duelo dile que me escuse,  
Que me postro a sus piés, que estoi enfermo...  
Que suplique a la reina que no salga...  
Que no salga en tres dias por lo ménos  
I por nada del mundo! Vé, en sijilo  
Estas órdenes cumple i sé discreto.

El paje se va

Ya mi inquietud se calma. Sin embargo,  
Confusamente que algo olvido creo...  
Sí...ella está segura...Mas yo mismo  
Aquí al verdugo esperaré? No debo...  
Esto talvez lo atrase por un dia.  
Vamos a buscar calma en algun templo:  
Dios me dará la luz que necesito.

Toma su sombrero, i toca una campanilla que hai sobre la mesa; se presentan por el fondo dos negros vestidos de terciopelo verde claro i brocado de oro.

Voi a salir: un hombre vendrá luego  
Por una puerta propia; en esta casa  
Dejaréis que haga cual si fuera el dueño.

Despide con un jesto a los negros, que se van. En seguida se va él. Al cerrarse la puerta se oye un gran ruido en la chimenea, i por ella cae de repente un hombre envuelto en una capa despedazada. Es don César.

ESCENA II.

DEN CÉSAR, asustado, aturdido, asesando, a la vez inquieto i alegre.

Tanto peor... soi yo! ...señores,  
Perdonad!...iba pasando...  
Entro un poco bruscamente,  
Yo lo siento... pero...¡diablo!  
Nadie! No obstante aquí voces  
Escuché desde el tejado.  
Muy bien!...Recapacitemos:  
¡Qué de sucesos estraños!  
Primero, esos' alguaciles  
Que en sus garras me llevaron;  
Luego, aquel embarque absurdo:  
Despues, aquellos corsarios...  
I aquella ciudad maldita  
Donde tanto me apalearon.  
I aquella negra terrible  
Que tentaba mi recato...  
I mi escapada... i mis viajes...  
Mi regreso al suelo patrio,  
I en fin, si parece cuento,  
Apénas desembarcado  
Encontrar los alguaciles...  
Me conocen... yo me escapo...  
Salto una pared... me subo  
A los techos como un gato,  
I al seno de las familias  
Penetro... de un modo raro.  
La maldita chimenea  
Que el traje me ha destrozado!  
¡Pardiez! mi primo Salustio  
Es un solemne bellaco!

Se mira a un gran espejo que hai sobre el cofre.

¡Pobre jubon que en mis viajes  
Tan leal me ha acompañado!

Se quita la capa i mira al espejo su jubon rosado todo roto. Luego lleva vivamente la mano a la pierna, con una mirada a la chimenea.

I mi pierna... si parece

Que me la lan hecho pedazos.

Abre los cajones del cofre; en uno halla una capa de terciopelo verde claro bordada de oro: la que dió don Salustio a Ruy Blas en el primer acto. La examina i la compara con la suya.

Esta es mejor que la mia;  
Será bueno hacer el cambio.

Se la pone, dobla la suya i la coloca en el cajon, acompañando el sombrero, que hunde de un puñetazo, i cierra el cajon, paseándose luego mui satisfecho.

Lo mismo es; ya estoi de vuelta.  
¡Ah! mi primo mui amado,  
Me haceis emigrar al Africa,  
Allá donde el hombre blanco  
Suele ser mui dulcemente  
Por los tigres almorzado.  
Pero yo me vengaré  
De un modo que le dé espanto;  
Con mi verdadero nombre  
Iré a su casa arrastrando  
Una jauría terrible  
De buitres desahorados,  
I lo entregaré vivito  
Al famélico arrebato  
De todos mis acreedores  
Seguidos por sus hermanos  
I sus hijos i sus nietos.  
Mas desde luego veamos  
Hasta donde sus intrigas  
Sin saberlo me han echado.

Examina el cuarto por todos lados:

Casa misteriosa... propia  
De tragedias i de engaños;  
Las puertas i las ventanas  
De cárcel: todo murado.  
En este hermoso aposento  
Se entra así... de arriba abajo,  
Ni mas ni ménos que el vino  
En la botella... ¡Qué chasco!  
I el buen vino es cosa buena.

Se fija en la pequeña puerta de la derecha, la abre, entra al gabinete interior i luego vuelve con jesto de asombro.

¡Pues esto sí que es estraño!  
Gabinete sin salida,  
Por todas partes cerrado!  
¿En dónde diablos, estoi?  
¡Bah! me escapé de las manos  
De los esbirros, i ahora  
Me habrá de dar sobresalto  
Ver una casa algo rara?

Se sienta, bosteza i luego se levanta.

¡Ah! ¡caramba! sin embargo  
Me aburro aquí horriblemente.

Viendo un pequeño armario en la pared a la izquierda.

¿Qué es lo que hai aquí encerrado?  
¿Será alguna biblioteca?

Abre i se encuentra con un repostero surtido.

Ni mas ni ménos... ¡Canario!  
¡Vino! ¡fiambres! ¡i pasteles!  
Seis frascos mui alineados!

Examinando una a una las botellas.

¿A ver? mui bien escojido:  
Es un chiche el tal armario.

Trae del rincón la mesita redonda, coloca en ella algunos comestibles, las botellas, platos, etc. Luego toma una de las botellas.

Desde luego, leamos este.

Llena un vaso i lo vacia de un trago.

¡Oh! es el libro mas sabio  
De ese famoso poeta  
Llamado el sol. ¡Delicado!  
Esto conforta el espíritu,  
I el cuerpo tambien... Comamos.  
¡Los pícaros alguaciles!  
¡Qué bien los he despistado!  
¡Oh! ¡el rei de los pasteles!  
Si el dueño de este palacio  
Llegara... ¡bah! ¡le convidó!

Va al armario i trae otro vaso i cubierto.

Mas, concluiré por si acaso.

¿Quién será el que vive aquí?

Talvez algun buen muchacho.

¿Luego ¿qué mal hai en esto?

¿I qué es lo que yo reclamo?

Nada: la hospitalidad

De este amigo afortunado,

I lo haré a la moda antigua:

Se arrodilla i abraza la mesa.

El sacro altar abrazando.

Bebe.

Lo que es el vino, no es

El vino de un hombre malo.

I en fin, si aquí me sorprenden

No hai mas, mi nombre declaro...

¡Cómo rabiara al saberlo

Ese primo endemoniado!

¡Cómo! aquel aventurero,

Aquel gran pillastronazo,

Aquel Zafari tunante,

Aquel bandido en andrajos?

Pues ¡el mismo! ¡el mismo César!

Don César de Bazan, ¡claro!

¡El primo de don Salustio!

¡Qué sorpresa i qué gustazo!

¿Cuándo ha vuelto? ¿cómo ha vuelto?

Qué tumulto en todas partes

Viendo estallar este rayo!

¡Cómo! ¿que no habia muerto?

Que no estaba ya enterrado?

¡Oh! no es cierto, nó, señores;

Señoritas, era falso!

¡Demonio! dirán los hombres;

Las mujeres dirán: ¡bravo!

Dulce ruido que os recibe

En vuestro hogar al miraros,

Al mismo tiempo que ladran

I rujen por todos lados

Mis trescientos acreedores!  
Hermoso papel!... Mas, ¿qué hago  
Sin dinero?... Alguien viene...  
Lo ménos me echan a palos.  
Eh! lo mismo es; pero a medias  
Nunca las cosas hagamos.

Se envuelve en su capa hasta los ojos. Se abre la puerta del fondo i entra un lacayo trayendo un gran talego al hombro.

### ESCENA III.

DON CÉSAR, UN LACAYO.

D. CÉSAR. ¿Qué buscáis, amigo? (Aplomo!  
Que está peligroso el paso.)

EL LACAYO. ¿Don César de Bazan?

D. CÉSAR. ¿Eh?

Se desmboza.

Yo soi. (Esto si que es raro.)

EL LACAYO. ¿Sois don César de Bazan?

D. CÉSAR. Tengo ese honor; yo me llamo  
César; el único César,  
El conde de...

EL LACAYO. Dejando el talego en la mesa.

Pues dignaos

Ver si está cabal.

D. CÉSAR. (Dinero!

¿Estaré talvez soñando?)

Amigo...

EL LACAYO. Dignaos contar

Si es lo que debo entregaros.

D. CÉSAR. Ah! mui bien... sí... ya comprendo...

(Si no me lo enseña el diablo...)

Es una historia admirable!

I que viene mui al caso.

¿Debeis llevar el recibo?

EL LACAYO. Nó, monseñor.

D. CÉSAR. Pues dejadlo.

¿De qué parte?...

- EL LACAYO. Monseñor  
Ya lo sabe.
- D. CESAR. Sí, exacto!  
Pero...
- EL LACAYO. Debo a mas deciros  
Que este dinero que traigo  
Viene de quien vos sabeis...
- D. CESAR. ¿Nada mas os encargaron?
- EL LACAYO. Para lo que vos sabeis.
- D. CESAR. Ah, sí...
- EL LACAYO. I debemos ámbos  
Reservarlo mucho... chit!
- D. CESAR. Chit!... Esta plata han mandado...  
Me gustó mucho la frase;  
Repetidla.
- EL LACAYO. Este encargo...
- D. CESAR. Viene de donde yo sé...  
Sí, todo queda explicado.
- EL LACAYO. Para lo que vos sabeis.
- D. CESAR. Bien! i debemos entrambos...
- EL LACAYO. Reservar...
- D. CESAR. Perfectamente!
- EL LACAYO. Yo he obedecido, i al cabo  
No entiendo nada.
- D. CESAR. ¡Bah!
- EL LACAYO. Pero  
Vos comprendeis...
- D. CESAR. Hombre incauto!  
Recibir plata! en el mundo  
No existe nada mas claro.
- EL LACAYO. Chit...
- D. CESAR. Chit! silencio i reserva!
- EL LACAYO. Contad.
- D. CESAR. Admirando el talego  
¡Sublime espectáculo!
- EL LACAYO. Señor...
- D. CESAR. Yo confío en tí.
- EL LACAYO. Todo es oro i bien contado.

D. CESAR abre el talego i saca algunos saquitos con monedas, que abre i vácia en la mesa lleno de admiracion. Las revuelve a dos manos i luego se llena los bolsillos.

D. CESAR. Hé aquí que mi romance,  
Su belleza coronando,  
Espira amorosamente  
Sobre un millon. ¡Oh milagro!

EL LACAYO. Vuestras órdenes espero.

D. CESAR. ¿Para qué?

EL LACAYO. Sin mas retardo  
Debo ejecutar ahora  
Lo que yo no sé...

D. CESAR. (Canario!)

EL LACAYO. I que vos sabeis.

D. CESAR. Sin duda...

EL LACAYO. No podemos demorarnos.  
Los mas grandes intereses...

D. CESAR. Sí, públicos i privados...

EL LACAYO. Exijen obrar al punto.  
Digo lo que me han mandado.

D. CESAR. Yo te agradezco tu celo.

EL LACAYO. Para tal obra mi amo  
Me pone a vuestro servicio.

D. CESAR. Pues lo que él desea hagamos.  
(Que me ahorquen si lo entiendo.)

Llena un vaso de vino i lo pasa al lacayo.

Por de pronto... bebe un trago.

EL LACAYO. Cómo, señor...

D. CESAR. Bebe, hombre.  
Aprovecha, i luego un rato

Le hace sentarse a la mesa, le hace beber i le vuelve a llenar el vaso.

De conversacion... (Ya tiene  
Los ojos medio nublados.)  
El hombre, querido amigo,  
No es mas que humo, humo vano,  
Que el fuego de las pasiones  
Lanza en la vida al acaso.  
¡Qué necedades te digo!  
Pero ese humo azulado  
No es lo mismo que el que arroja

Una chimenea ¿gestamos?  
El se dirige hácia arriba  
I nosotros hácia abajo.

Se soba la pierna que se maltrató.

El hombre no es mas que arcilla.  
Otro traguito. Este saco  
Lleno de oro, no vale  
Mas que el canto de un borracho.  
Oye: seamos prudentes...  
Si se carga mucho el carro,  
Se rompe... i sin cimientos  
Se cae el muro mas ancho.  
Así es... a ver, amigo,  
Ven a asegurarme el manto.

EL LACAYO. Señor, no soi camarero.

Antes que don César pueda impedirlo, toca la campanilla que está sobre la mesa.

D. CESAR. Qué es lo que ha hecho este bárbaro!  
Ahora el dueño de casa  
Va a venir... Estoy cazado!

Entra uno de los negros; don César se vuelve lleno de ansiedad al otro lado, como no sabiendo qué hacer.

EL LACAYO. Abrocha el manto al señor.

El negro se acerca gravemente a don César que le mira estupefacto; le abrocha, saluda i se vá.

D. CESAR. Estoy en casa del diablo,  
Palabra de honor. Bah! bah!  
Démosle gusto al acaso.  
Teniendo tanto dinero,  
Será menester gastarlo.  
A mis acreedores... Nó!  
Aunque talvez por calmarlos  
Fuera bien darles un riego  
De algunos pocos ducados...  
Nunca! esa clase de plantas  
No debe regarse; es malo.  
¡Qué tonto se pone uno  
Cuando es rico, qué prosaico!  
¡Qué dirán todos de mí  
Si ven que mis deudas pago?  
Ah!...

EL LACAYO. ¿Qué se ofrece al señor?

D. CESAR. Déjame! estoi meditando  
Ah! nó! levántate al punto,  
Lléname de oro a dos manos.

El lacayo se levanta tambaleando; se llena de oro los bolsillos, i don César le ayuda.

Oye: al llegar a la plaza  
Hai un casucho mui bajo,  
Hermoso departamento  
Si no estuviera arruinado.  
Allí vive una hermosura  
De cuerpo bajito i ancho,  
Con el pelo así, revuelto.  
I un sombrero un poco estraño:  
Una hermosura... es mi amante,  
Lucinda, que en otros años  
Para divertir al papa  
Le iba a bailar el fandango;  
Con mucho respeto dale  
A mi nombre cien ducados.  
En un cuartucho vecino  
Hallarás un hombre alto,  
De nariz mui encendida  
I sombrero mui gastado;  
Dale tambien de mi parte  
Seis doblones. Mas abajo,  
En un callejon oscuro  
Hai una fonda o despacho;  
En la puerta bebe i fuma  
Uno de sus abonados,  
Gran señor, dulce carácter;  
Es un amigo de antaño  
Que se llama Gulatromba;  
Treinta escudos bien contados  
Le darás, i que los beba  
Lijerito i de lo rancio.  
A todos esos tunantes  
Reparte tu oro con garbo  
I no te espantes de que ellos  
Te miren mui espantados.

EL LACAYO. ¿I despues?

D. CESAR. Guárdate el resto;

I escucha, que aun falta algo.

EL LACAYO. ¿Qué me ordena, mi señor?

D. CESAR. Vé a divertirte, buen pájaro.

Haz todo el ruido que puedas,

Quiebra botellas i vasos,

I no vuelvas a tu casa

Hasta mañana o pasado.

EL LACAYO. Mui bien, mi príncipe!

D. CESAR. ¡Hombre!

Va horriblemente borracho.

Lo llama, i el lacayo vuelve a acercarse.

Hola!...Sin duda en la calle

Te seguirán unos cuantos;

Haz honor a la bebida,

Pórtate como un hidalgo;

Si algunos pocos escudos

Se te caen, no hagas caso;

I si ves que los recojen

Algunos que van pasando,

Dependientes o escolares,

Déjales ir sin reparo;

Aunque de tu propia bolsa

Vieras que van a tomarlos,

Sé indulgente con los pobres;

Que en este mundo en que estamos

Es preciso algunas veces

Dar gusto a nuestros hermanos.

Todos esos algun dia

Sin duda serán ahorcados;

Tengamos, pues, para ellos

El respeto necesario.

Vete.

El lacayo se va. D. César se sienta, se apoya de codos en la mesa i parece sumerjirse en hondas reflexiones.

Yo sé que el deber  
Del hombre justo i honrado,  
Cuando tiene algun dinero  
Es con prudencia gastarlo.

Hoi tengo para ocho dias.  
Los gozaré bien, i al cabo  
El dinero que me quede  
Lo emplearé, cual buen cristiano,  
En fundaciones piadosas.  
Todo está bien...Sin embargo  
En toda esta algarabía  
Ese maldito criado  
Ha entendido mal...o yo  
He contribuido al engaño.

Entra por el fondo una dueña, vieja, basquiña i mantilla negras, con abanico,

#### ESCENA IV.

D. CÉSAR, una DUEÑA.

LA DUEÑA. ¿Don César de Bazan?

D. CÉSAR. ¡Diantre!

I esta es hembra! Apostaría  
A que mi primo Salustio  
Es el autor de esta intriga.)  
Yo soi don César, señora.  
(Qué, demonios, significa...  
Bah! casi siempre una vieja  
Anuncia una jovencita)

LA DUEÑA. Con una reverencia i la señal de la cruz  
Señor, os saludo en nombre  
De la Trinidad Santísima.

D. CÉSAR. (Pues! desenlace amoroso  
Cuando devoto principia)  
Así sea.

LA DUEÑA. Dios por siempre  
Os mantenga en alegría.

Con misterio.

¿Habeis dado a otra persona  
Para esta noche una cita?

D. CÉSAR. Pues...soi mui capaz...

LA DUEÑA. Saca un billete i se lo presenta pero sin dejárselo tomar  
Entónces

Sois quien esta noche misma  
Ha enviado este mensaje  
A una cierta personita  
Que os ama?

D. CESAR. Si ..debo ser...

LA DUEÑA. Pues esa...desconocida,  
Que sin duda está casada  
Con algun viejo estantigua,  
I debe guardar por tanto  
Precauciones infinitas,  
Así...como exploradora,  
Me manda a tomar noticias  
Por medio de su doncella.  
Yo solo he visto a la chica  
Que me ha explicado la cosa  
Sin los nombres.

D. CESAR. No precisa;  
Escepto el mio.

LA DUEÑA. ¡Pues vaya!  
Si es la cosa mas sencilla!  
Tiene una cita una dama  
Con el dueño de su vida;  
Teme caer en un lazo;  
Precaverse necesita,  
I a saber de vuestra boca  
La confirmacion me envía.

D. CESAR. Qué diablos! tanto rodeo  
Para dar una cartita.  
Ya os he dicho que soi yo.

LA DUEÑA. Pone en la mesa el billete siempre doblado, que don César mira con  
curiosidad.

Pues bien, sobre el dorso escrita  
Esta palabra: VENID,  
Debo llevarle yo misma.  
Mas, por precaucion, que sea  
Otra mano la que escriba.

D. CESAR. ¿Otra mano? ya comprendo...  
(La mision es bien cumplida.)

Va a tomar la carta, pero ella le impide tomarla.

- LA DUEÑA. Conocedla por los pliegues,  
Porque no podeis abrirla.  
D. CESAR. Pardiez!... (Por mas que deseo  
Saber... pero, en fin, que siga.)

Ajita la campanilla i entra uno de los negros, que obra segun lo indica el diálogo.

¿Sabes escribir?

El negro hace señas de que sí.

(Qué es esto?)

¿Eres mudo?... ¡Cosa linda!

Escríbeme aquí: *venid*.

El negro escribe, i se vá a una señal de don César. La dueña guarda la carta.

Qué obediencia tan pasiva!

- LA DUEÑA. Esta noche vais a verla  
¡Vamos! será mui bonita!

D. CESAR. ¡Preciosa!

- LA DUEÑA. Pues la sirviente  
Tambien es jóven cumplida;  
Mui hermosa, rostro de ángel,  
Pero de diablo la vista.  
I me pareció mui ducha  
En este órden de guerrillas.

D. CESAR. (Pues yo bien me contentara  
Solo con la sirvientita.)

- LA DUEÑA. Como siempre la belleza  
A la belleza se inclina,  
Por la facha del criado  
La del amo se adivina.  
De seguro que la vuestra  
Es una perla bellísima.

D. CESAR. ¡Sin duda!

- LA DUEÑA. Os beso la mano.

Hace una profunda reverencia para retirarse.

I que el señor os bendiga.

- D. CESAR. I yo te unto la pata.  
Toma, vieja.

Le dá un puñado de oro que la dueña se guarda.

- LA DUEÑA. Mui alegre  
Es la juventud hoi dia.

D. CÉSAR. Vete.

LA DUEÑA. Cuando se os ofrezca.  
Yo me llamo doña Oliva.

Se vá, pero vuelve desde la puerta.

En la iglesia siempre estoy  
Sentada junto a la pila.

Don César se impacienta; ella se retira, pero vuelve al momento.

La vais a ver esta noche...  
Acordaos de esta amiga  
En vuestros rezos.

D. CÉSAR. ¡Eh! basta!

La despide con cólera.

Pues me resuelvo, a fé mia,  
A no asombrarme de nada.  
¡Qué fortuna tan magnífica!  
Si creo estar en la luna.  
Muerto el hambre, la partida  
Toca ahora al sentimiento.  
La cosa va tan divina,  
Que mucho temo que sea  
La conclusion enemiga.

Se abre la puerta del fondo i aparece don Guridan trayendo dos espadas desnudas  
bajo el brazo.

## ESCENA V.

DON CÉSAR, DON GURIDAN.

GURIDAN. ¿Don César de Bazan?

D. CÉSAR. ¡Eh? en buen hora!

La aventura iba bien, mas ¡por el cielo!  
Con esto se mejora.  
Comida, oro, una cita, un duelo!  
Vuelvo a ser César; sí, me reconozco.

Se dirije con grandes saludos a don Guridan que lo mira inquieto i avanza muy sério.

Aquí es, caro señor; tomad asiento.  
Cuánto celebro veros! acercaos;  
Venid, conversarémos un momento.  
¡I qué se hace en Madrid? Aun se admira

Al bribon Matalabos  
A un tiempo con la hermosa Lindamira?  
En cuanto a mí, en esto de los robos  
Mucho mas que al ladron que roba plata  
Le temo a la que roba corazones.  
Oh! la mujer, amigo! sierpe ingrata!  
Yo me muero por ella!  
Pero, vamos, hablad! traedme al mundo,  
Que ya no sé si vivo i si soi hombre  
O espíritu que corre vagabundo.  
Yo soi un sér absurdo, aunque os asombre,  
Muerto resucitado;  
Un hidalgo, un fantasma de otros años.  
Me han robado mi pluma con mis guantes,  
I vengo de los pueblos mas estraños  
I mas estravagantes.

GURIDAN. ¡Ah, vos llegais? Pues bien, yo tambien llego,  
I de mucho mas léjos.

D. CESAR. ¿De qué parte?

GURIDAN. De allá... del frio...

D. CESAR. Yo de allá... del fuego.

GURIDAN. Vengo furioso.

D. CESAR. I yo vengo trinando.

GURIDAN. He tenido que andar mas de mil leguas

D. CESAR. I yo mas de dos mil! Siempre viajando,  
He encontrado mujeres  
Negras, azules, verdes, amarillas,  
Por Túnez, por Arjel, viendo mil cosas  
En mil diversas i remotas villas.

GURIDAN. Pues de mí se han reido.

D. CESAR. Pues a mí me han vendido.

GURIDAN. Casi me han desterrado.

D. CESAR. I a mí casi ahorcado.

GURIDAN. Me mandan a Neubourg con fina astucia  
A llevar una caja; llego, la abren,  
¿I sabeis qué fin toco?  
En la caja solo iba este mensaje:  
«Retened todo el tiempo que podais  
A ese viejo loco.»

D. CESAR. ¡Soberbio! i la culpa a quién echais?

Rie a carcajadas.

GURIDAN. No he de parar hasta torcele el cuello  
Al tal don César de Bazan.

D. CESAR. ¡Eh! cómo?

GURIDAN. Para colmo de audacia,  
Hoi me ha enviado un lacayo o mayordomo  
A darme sus excusas...Pues es gracia!  
Yo mandé que al lacayo le encerraran  
I en busca de su amo aquí he venido,  
De ese César el vil, el impudente.  
¿Donde está ese bandido?  
Quiero darle la muerte frente a frente.

D. CESAR. Soi yo.

GURIDAN. Nada de burlas, caballero!

D. CESAR. Yo soi don César.

GURIDAN. Cómo! todavía?

D. CESAR. Pues todavía, i siempre!

GURIDAN. Me vais ya pareciendo majadero,  
I fastidio me dais, por vida mia.

D. CESAR. Pues vos a mí me divertís, de veras.  
Teneis toda la pinta de un celoso,  
I os compadezco, amigo,  
Porque el mal que proviene de defectos  
Que uno lleva consigo,  
Es peor que el que nos causan los ajenos.  
Por mi parte, a lo ménos,  
Yo prefiero ser pobre a ser avaro,  
Como ser engañado a ser celoso.  
Uno i otro sois vos, lo que no es raro.  
¿I sabeis otra cosa?  
Yo espero aquí esta noche a vuestra esposa.

GURIDAN. ¿Mi esposa?

D. CESAR. Sí, a vuestra esposa misma.

GURIDAN. ¡Eh! yo no soi casado!

D. CESAR. ¿No sois casado? Pues la cosa abisma.  
Hace una hora que el señor ostenta  
El aire de un marido...desgraciado,  
Que ruje i que revienta.  
Pues si no sois casado, señor mio,  
¿Con qué derecho entónces

Tan necio i tan ridiculo habeis sido?

GURIDAN. Sabed que ya me vais exasperando.

D. CESAR. Bah!

GURIDAN. Que harto os he sufrido.

D. CESAR. ¿De veras?

GURIDAN. I por fin, que estoi pensando  
Que os voi a castigar.

D. César mira con burla los zapatos de don Guridan que están cubiertos de cintas, según la moda.

D. CESAR. En otro tiempo  
Se encintaban los hombres la cabeza;  
Hoi la moda ha cambiado  
I se encitan los piés...Rara belleza!

GURIDAN. Nos vamos a batir.

D. CÉSAR. ¿Así os parece?

GURIDAN. No sois don César, pero importa poco:  
Comenzaré por vos.

D. CESAR. Tened cuidado  
De no concluir por mí.

GURIDAN. ¡Fatuo! Al momento!

Le presenta las dos espadas.

D. CESAR. Cuando un duelo cualquiera se me ofrece  
Nunca lo dejo en la mitad. Salgamos.

Toma una de las espadas.

GURIDAN. ¿Dónde?

D. CESAR. Afuera; la calle está desierta.

GURIDAN. En cuanto a César, al volver le mato.

D. CESAR. Muerto uno de los dos, os desafío  
A que mateis a César.

GURIDAN. ¡Vamos!

D. CESAR. ¡Vamos!

Se van. Se abre una pequeña puerta disimulada en la pared de la derecha, i entra don Salustio.

## ESCENA VI.

D. SALUSTIO, en traje verde oscuro.

Ningun preparativo!... Mas, ¿qué es esto?

Fijándose en la mesa servida; luego oye el ruido de las espadas de afuera.

¿Qué ruido será ese?... Esta mañana

Siguió Gudiel al paje que salia  
I donde Guridan le vió que entraba.  
No veo aquí a Ruy Blas... ¡Por vida mia!  
Ese paje llevaba  
Talvez algun aviso para ella,  
I al mismo Guridan se lo encargaba.  
¡Por Satanás! ¡No hai duda!  
I yo no preveia que el demonio  
Pudiera de tal modo darle ayuda.

Entra don César; trae en la mano la espada desnuda que al entrar arroja  
sobre un mueble.

## ESCENA VII.

DON SALUSTIO, DON CÉSAR.

D. CESAR. Ya estaba yo seguro.  
Al fin apareció, ¡viejo del diablo!

D. SALUST. ¡Don César!

Don César se adelanta, se cruza de brazos i larga una carcajada.

D. CESAR. ¡Oh! tramais algun embrollo,  
I mi presencia aquí lo desbarata.  
Dísteis en el escollo.

D. SALUST. (Ah! ¡todo está perdido!)

D. CESAR. Pataleando  
Me habeis tenido la mañana entera  
Entre vuestra sutil tela de araña,  
Mas ya presumo que está toda rota.  
I aunque casual la hazaña,  
Me causa gran placer vuestra derrota.

D. SALUST. (¡Demonio!... ¿qué habrá hecho?)

Don César sigue riendo cada vez mas.

D. CESAR. Vuestro hombre con la plata, que venia  
De quien sabeis, i por lo que sabeis...  
¡Magnífico!

D. SALUST. ¿I bien?

E. CESAR. Lo he emborrachado.

D. SALUST. ¿I el oro que traia?

D. CESAR. En diversos regalos lo he empleado.  
Cuando uno tiene amigos... Desde luego

Por mi propio bolsillo he comenzado.

Lo hace sonar.

Pues! ¿i la dama?

D. SALUST. ¿Qué?

D. CESAR. La dama aquella

Que me mandó una vieja tan horrible

Que parecía bruja...

D. SALUST. ¿I para qué?

D. CESAR. Para saber por ella

Si es verdad que es don César quien la espera.

D. SALUST. ¿I qué habeis respondido?

D. CESAR. Que la espero esta noche en mi retrete.

D. SALUST. (Aun no está quizás todo perdido.)

D. CESAR. Por fin, vuestro maton, aquel vejete

Que Guridan me dijo se llamaba,

Que esta mañana recibir no quiso

Un mensaje que César le mandaba,

I que estuvo aquí mismo

A pedirme razon...

D. SALUST. ¿Qué le habeis hecho?

D. CESAR. De una estocada le he pasado el pecho.

D. SALUST. ¡Oh! ¿verdad?

D. CESAR. Ahí afuera

Al pié de la pared quedó espirando.

D. SALUST. ¿I creis que esté muerto?

D. CESAR. Me lo temo.

D. SALUST. (Bondad del cielo! nada ha trastornado.

Al contrario; mis planes favorece.

Pero es fuerza alejarlo.)

Mui singular la historia me parece

¿I a quién otro habeis visto?

D. CESAR. A ningun otro.

Pero luego veré, porque pretendo

Continuar hasta el fin esta aventura:

Voi a gritar mi nombre en todas partes

I a formar un escándalo tremendo.

Perded cuidado.

D. SALUST. (Diablo!)

Guardaos si quereis todo el dinero

Pero idos de esta casa en el instante.

D. CESAR. ¿Si? que me vaya! i luego mui lijero  
Vos me hariais seguir, como aquel dia,  
I otra vez por los mares africanos  
Viajando me veria...  
Primo, nequaquan!

D. SALUST. Creedme.

D. CESAR. Lo que creo  
Es que a álguien teneis entre las manos.  
Toda intriga de corte, segun veo,  
Es una escala doble: por un lado  
Sube el verdugo, miéntras por el otro  
Sube el paciente, triste i maniatado.  
Vos sois aquí el verdugo, estoi seguro.  
Mas yo de rondon llevo,  
Tiro la escala...i pataplum!...

D. SALUST. Os juro...

D. CESAR. ¡Nada! yo desbarato vuestro juego.  
Sé que podeis formar algun enredo  
Para prender a dos o tres incautos...  
Pues yo soi uno de esos, i me quedo.

D. SALUST. Escuchadme...

D. CESAR. ¡Retórica!

Ah! vos falseais mi título en otro hombre!  
Ah! vos me haceis vender a los piratas!  
Ah! vos por fin, comprometéis mi nombre!

D. SALUST. Casualidad...

D. CESAR. Casualidad! Oh! ese

Es guiso que a los tontos dan los pillos.  
No hai tal casualidad; i me parece  
Que hoi todos vuestros planes se han hundido.  
Yo he de salvar a los que vos perdeis.  
Voi a gritar mi nombre...

Vá a la ventana i mira hácia afuera.

Hola! señores!

Son alguaciles, justo!...i me han oido.  
Venid! apresuraos!

D. SALUST. (Si se da a conocer, estoi perdido.)

Entran varios alguaciles precedidos de un alcalde. D. Salustio parece presa de gran perplejidad. D. César se dirige al alcalde con aire de triunfo.

ESCENA VIII.

DON SALUSTIO, DON CESAR, un ALCALDE, ALGUACILES.

D. CESAR. Señor, en este momento  
Se pide vuestro socorro...

D. SALUST. Para que prendais a este

Señalando a don César.

El bandido Matalobos.

D. CESAR. ¡Qué dice!

D. SALUST. (Ganemos tiempo

Miéntas lo ganamos todo.)

Este hombre en pleno día

Ha cometido aquí un robo.

Prendedle.

Los alguaciles rodean a don César.

D. CESAR. ¡Miéntas, infame!

ALCALDE. ¿Quién nos llamaba hace poco?

D. SALUST. Era yo.

D. CESAR. ¡Por Jesucristo!

ALCALDE. Vamos! silencio i buen modo!

D. CESAR. Soi don César de Bazan.

D. SALUST. ¿Don César? ¡Vaya un aplomo!

Examinad esa capa,

I bajo el cuello, en el forro

Veréis mi nombre: *Salustio*.

La acaba de robar:

ALCALDE. ¡Cómo!

Los alguaciles le arraxcan la capa i el alcalde la examina.

Es cierto!

D. SALUST. I ved el jubon.

D. CESAR. (Este hombre es el demonio.)

D. SALUST. Es robado al conde de Alba;

Ved su escudo.

ALCALDE. Lo conozco.

D. CESAR. (Ya voi creyendo que es brujo.)

ALCALDE. Examinando el jubon.

¡Pues! los dos castillos de oro....

D. SALUST. I mirad, las dos calderas:  
Enriquez i Guzman, todo!

Don César defendiendose de los alguaciles deja caer alguna monedas.

I esto mas; la jente honrada  
No se carga de ese modo.

ALCALDE. ¡Pues!

D. CESAR. Caí en la trampa.

Los alguaciles le registran i le sacan todo el dinero.

ALGUACIL. Aquí

Hai papeles.

D. CESAR. (Amorosos!

Despues de haberlos salvado  
Al traves de tanto escollo!)

ALCALDE. ¿A ver?...Son cartas.

D. SALUST. I vedlas:

Escritas en nombre propio  
Al conde de Alba.

ALCALDE. Sí!

D. CÉSAR. Pero...

ALCALDE. Cayó al fin este buen mozo!

Le amarra las manos.

OTRO ALG. Entrando.

Acaban de asesinar

Un hombre afuera.

ALCALDE. ¡Qué joigo!

I el asesino...

D. SALUST. Es él mismo.

D. CESAR. (Pues vaya un duelo fructuoso!)

SALUST. Al verme arrojó la espada

I esta es, si no me equivoco.

El alcalde recoge la espada i la examina.

ALCALDE. Aún está fresca...Vamos!

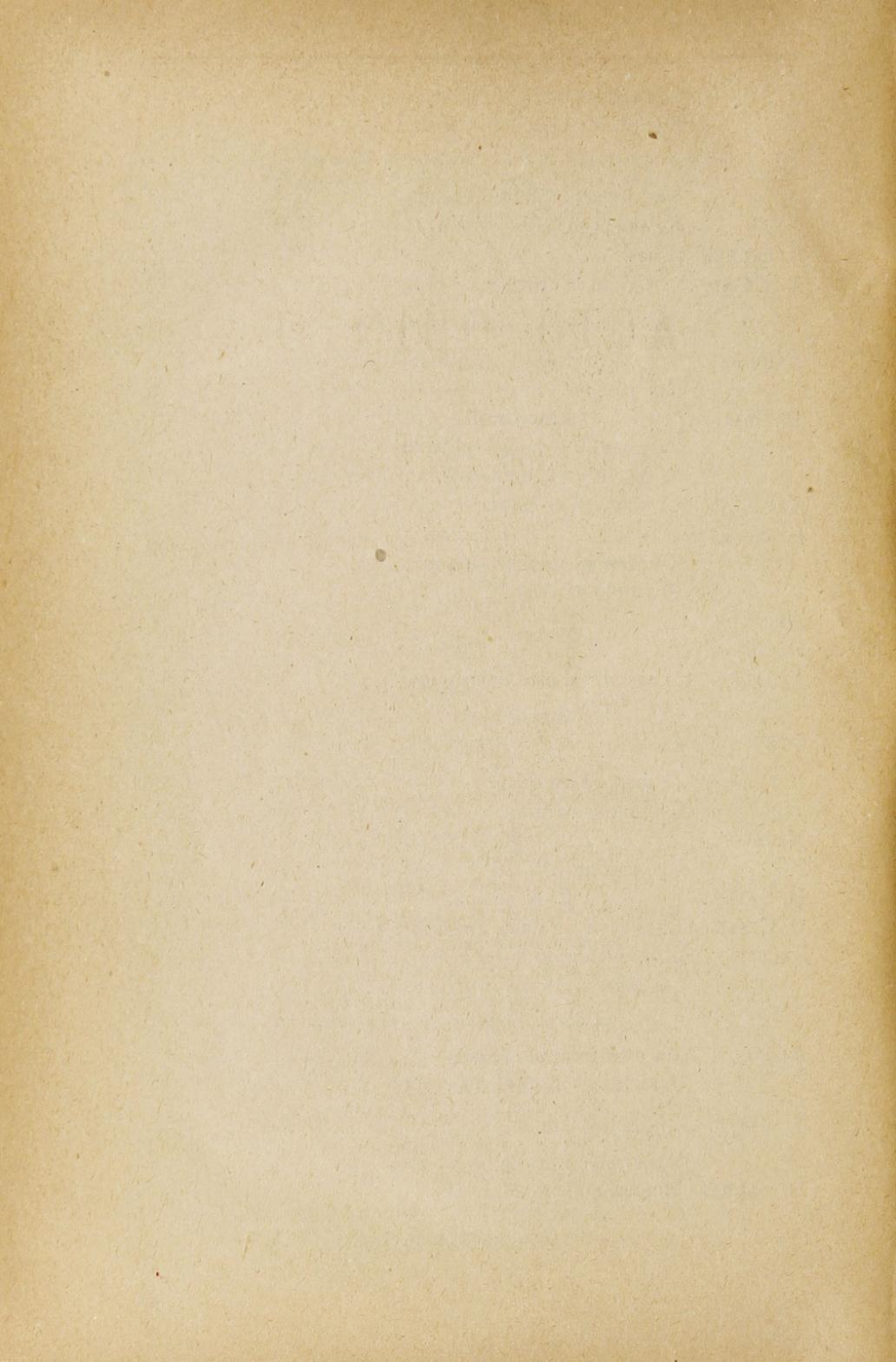
Derechito con nosotros!

D. CESAR. Al pasar junto a D. salustio.

Sois el mas ruin de los pícaros.

D. SALUST. Buenas noches, Matalobos!

CAE EL TELON.



---

# ACTO QUINTO.

---

## EL TIGRE I EL LEON.

La misma sala. Es de noche; una lámpara sobre la mesa. Al levantarse el telon, Ruy Blas está solo. Una larga saya oculta su traje.

---

### ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS, SOLO.

Todo acabó! Queridas ilusiones,  
Sueños desvanecidos!...  
Todo el dia he marchado  
Por las calles andando a tropezones...  
Ahora puedo esperar. Ya estoy tranquilo,  
Aquí no encuentro nada que me espante;  
Todo está en su lugar, todo es lo mismo.  
¡Oh! sí... Mi paje es fiel; en este instante  
Talvez don Guridan lo sabe todo  
I a nuestra reina entre ámbos salvaremos.  
¡Oh! ¿no es verdad, Dios mio,  
Que habeis salvado a ese ánjel, que ya nada  
Podrá temer de su fatal demonio?  
Ya en fin puedo morir, si está salvada.

Saca un pomo i lo deja sobre la mesa

¡Sí! muere ya, cobarde! en el abismo

Húndete al fin i tu locura expía!  
Muere aquí despreciado i solitario,  
Lacayo miserable,

Se abre la saya i deja ver la librea del primer acto.

Con tu infame librea por sudario!  
Oh! si viniera ese demonio ahora  
A ver morir su víctima! A lo ménos  
Que no entre por aquí!

Empuja un mueble hácia la puerta secreta; vuelve a la mesa i contempla el pomo.

¡Gran Dios! ya es hora,  
Ya mi sentencia pronuncié. Yo mismo  
Sin que ya nadie remediarlo pueda,  
Voi a abrirme las puertas del abismo.

Se sienta.

No obstante, ella me amaba. ¡Oh, Dios santo,  
Ayúdame, socórreme,  
Porque valor no tengo para tanto!

Llora.

Tanto amor i morir!

Oculta la cabeza entre las manos i solloza.

¡Piedad, Dios bueno!

Alza la cabeza i queda como delirante mirando el pomo.

El hombre abominable  
Que me vendió en secreto este veneno  
Me preguntó...no sé...yo me estravío;  
¡Qué malos son los hombres! Uno muere  
¡I nadie se conmueve...Tengo frio...  
¡Me amaba! oh! me amaba! ¡cuánto sufro!  
¡I no he de verla mas! ¡Será posible!  
¡Su mano que en las mias he estrechado!  
¡Su dulce boca que besó mi frente!  
¡Anjel mio! pobre ánjel adorado!  
¡Aun te amo, te adoro reverente,  
I es preciso morir desesperado!  
Sus vestiduras que plegó la gracia,  
Su dulce pié lijero,  
Que me hacia temblar cuando pasaba,

Sus ojos llenos de pasión ardiente,  
Donde mi alma absorta se embriagaba!  
Su sonrisa, su voz... ¡Oh, es horrible!  
Que no la vea más, que no la oiga!  
No puede ser, ¡gran Dios! ¡Es imposible!

Avanza la mano con angustia al pomo. En el momento de tomarlo convulsivamente, aparece la Reina por la puerta del fondo, vestida de blanco, con un manto de color oscuro, con la capucha caída. Trae en la mano una linterna sorda, la deja en el suelo i marcha rápida hacia Ruy Blas.

## ESCENA II.

RUY BLAS, LA REINA.

LA REINA. César...

RUY BLAS. Volviéndose espantado i cerrando precipitadamente la saya sobre la librea.

¡Ella! gran Dios! cayó en el lazo!

Señora!

LA REINA. ¿Qué tenéis, por qué ese espanto?

RUY BLAS. ¿Quién os ha hecho venir?

LA REINA. Vos.

RUY BLAS. Yó! más, ¿cómo?

LA REINA. Una carta...

RUY BLAS. ¿De quién?

LA REINA. De vuestra mano.

RUY BLAS. No puede ser! no es cierto! esto es horrible!

Yo no os he escrito, nó:

LA REINA. Saca del pecho una carta.

Mirad!

RUY BLAS. Veamos!

Toma la carta i lee,

«Señora, un grave peligro

«Amenazándome está;

«Tan solo mi reina puede

«Conjurar la tempestad»...

Se queda como estupefacto, mira la carta i sin poder continuar.

LA REINA. «Si esta noche ocultamente

«Quiere a mi casa llegar...

«De otro modo estoy perdido!

«Mi vida, mi eternidad,  
«Todo lo pongo a sus piés,  
«Que beso con humildad.

RUY BLAS. ¡Oh, qué traicion!

LA REINA. «Por la puerta

«Que al fin de la calle da,  
«Sin que nadie os reconozca  
«Podeis por la noche entrar.  
«Una persona segura  
«I discreta os abrirá.»

RUY BLAS. (Oh! me olvidaba de esa infame carta!)

A la reina, con voz terrible.

Idos, señora!

LA REINA. ¡Ah! me voi i callo;

Pero sois mui cruel ¿yo qué os he hecho?

RUY BLAS. Qué habeis hecho? perderos... Retiraos!

Nada puedo explicar.

LA REINA. Esta mañana

A una de mis dueñas aquí he enviado...

RUY BLAS. Huid! a cada instante me parece

Ver aquí vuestra vida hecha pedazos.

Huid, por Dios!

LA REINA. Adivinar ya creo.

Apartarme quereis de vuestro lado

Porque algun gran peligro os amenaza.

Pues no me voi.

RUY BLAS. Nó, nó! es engaño!

LA REINA. Vuestra es la carta... así...

RUY BLAS. Bondad divina!

LA REINA. Me quereis alejar...

RUY BLAS. Oh! retíraos!

LA REINA. En el primer momento me escribísteis,

I luego arrepentido... Pero en vano...

RUY BLAS. Yo no te he escrito, nó! Soi un demonio,

Huye de mí, yo soi un insensato!

Oh! el infierno sin duda te persigue!

Oye, escucha, bien mio, yo te amo,

Yo por salvarte mi existencia diera,

Te amo como a Dios solo se ha amado,

Te adoro! pero véte...

LA REINA. César! César!  
RUY BLAS. Vete!...mas dime, cuando aquí has llegado,  
¿Quién la puerta te abrió?

LA REINA. Un encubierto.

RUY BLAS. ¿Un encubierto? ¡cielos! i qué ha dicho?  
¿Era alto? era bajo? habla: ¿quién era?

Entra un hombre enmascarado por la puerta del fondo: es don Salustio.

D. SALUST. Era yo.

### ESCENA III.

Los mismos, don SALUSTIO.

RUY BLAS. ¡Maldicion! huid, ahora.

D. SALUST. El amor os engaña,  
Es tarde para huir. Esta señora  
No es ya reina de España.

LA REINA. ¡Don Salustio!

D. SALUST. Desde hoy i para siempre  
De ese hombre seréis la compañera.

LA REINA. ¡Gran Dios! era verdad! un lazo era!

RUY BLAS. Señora ¿qué habeis hecho?

D. SALUST. Avanzando lentamente hácia la Reina.

Estais en mi poder, mas voi a hablaros  
Sin enojo, señora, i sin despecho;  
Yo llego, i sin querer, llego a encontraros  
A solas con don César, en su cuarto,  
I a mas, a media noche.  
El hecho por sí solo es motivo harto,  
Si llega a hacerlo público el demonio,  
Para que sin mas auto el Padre Santo  
Anule vuestro noble matrimonio;  
Mas todo puede aun quedar secreto.

Saca un pergamino i lo presenta a la Reina.

Esta carta firmad; al rei yo mismo  
La haré al punto llegar para mi objeto.  
Afuera hai un carruaje  
Donde poner he hecho bastante oro  
I que está listo para un largo viaje;

Partid ámbos al punto; yo os protejo,  
Id adonde queráis, a cualquier parte:  
Libre eleccion os dejo,  
Yo tan solo conozco este suceso,  
Pero, la cosa es llana:  
Si rehusáis los dos obedecerme,  
La España entera lo sabrá mañana,  
I el mundo se reirá de la aventura.  
¡Oh! nada de arrebatos,  
Porque en mi mano estáis, i mui segura.

Mostrándole la mesa.

Para escribir aquí hai lo necesario.

LA REINA. Aterrada. ¡Estoi en su poder!

D. SALUST. Yo no reclamo.

Sino un consentimiento, amigo mío.

Bajo a Ruy Blas, que ha permanecido inmóvil i como herido del rayo.

Déjame obrar, que para tí trabajo.

LA REINA. ¡Dios piadoso! ¿qué hacer?

D. SALUST. Tened mas brio.

Qué importa una corona ya perdida!

¿Quién no dejara un trono

Por mirarse feliz toda la vida?

¡Vamos! dadme este gusto i os perdono,

Nadie sabrá...; ¡I bien?

Trata de ponerle la pluma entre los dedos; la Reina lo mira con angustia i estravio.

Por vuestra honra!

Si no firmáis, os deparáis vos misma

El escándalo, el claustro, la deshonra.

LA REINA. Anonadada. ¡Oh, Dios!

D. SALUST. César os ama,

Como lo prueba ahora su desmayo;

Es noble i rico, pues Bazan se llama,

Es el duque de Olmedo....

Pone sobre el pergamino la mano de la Reina, que trémula i delirante, parece pronta a firmar.

RUY BLAS. Nó! me llamo Ruy Blas, i soi lacayo!

Arranca de manos de la Reina el pergamino i lo rompe.

¡Ah, no firmeis!... En fin... Ya me ahogaba!

LA REINA. ¿Qué es lo que dice?

RUY BLAS.

Digo que mi nombre

Es Ruy Blas, sí, señora,

I que soi un lacayo de ese hombre.

Se vuelve a don Salustio.

Pero tambien a vos os digo ahora

Que ya para traiciones es bastante;

No quiero ser feliz a tan ruin precio.

I en vano me mirais amenazante,

Porque yo vuestra cólera desprecio.

Ah! venga el mundo i a los dos nos vea

I compare ese traje i este sayo:

Yo tengo de lacayo la librea,

Mas vos teneis el alma de lacayo.

D. SALUST. A la Reina, friamente.

En efecto, ese hombre es mi criado.

A Ruy Blas, con autoridad.

Ni una palabra!

LA REINA.

Justo cielo!

D. SALUST.

Pero,

Un poco para hablar se ha apresurado.

El mundo va a reir, por vida mia

Cruza los brazos i se alza, con voz terrible.

¡Ah! por fin su venganza halló mi encono!

Llegó al cabo mi día.

Quisísteis desterrarme, yo os destrono.

¡Ah! quisísteis, soberbia i arrogante,

Darme vuestra criada por esposa,

I yo os dí mi lacayo por amante.

Hace poco por vos yo fui humillado,

Pero humillaros a mi vez me toca.

¡Ah! me habeis confundido i pisoteado...

I dormíais en paz! Estábais loca!

Mientras él ha hablado, Ruy Blas ha ido a la puerta del fondo i corrido el cerrojo; luego se ha acereado a pasos lentos por detras sin que don Salustio se aperciba. En el momento en que don Salustio concluye, fijando sus ojos llenos de odio i de triunfo sobre la Reina, anonadada, Ruy Blas le toma la espada por el puño i la arranca con rapidez.

RUY BLAS. Terrible, con la espada de don Salustio en la mano.

Acabais de insultar a vuestra reina!

Don Salustio se precipita a la puerta. Ruy Blas se interpone.

¡Oh! no vais por allí, yo la he cerrado.  
Marques, hasta hoy Satan te ha protegido;  
Pero ya Dios por fin te ha condenado,  
Monstruo feroz que vomitó el averno.  
Llegó también mi vez! ya de mi furia  
No te podrá salvar el mismo infierno.  
Todo lo he devorado:  
Oprobio, humillacion, desprecio, injuri-;  
Todo el dolor del mundo  
En este corazón has arrojado,  
Y por último, vil i miserable,  
A una dama, a tu reina has insultado.  
Te atreviste a insultarla en mi presencia.  
¡Oh! de veras me asombra  
Hallar en tí tan poca inteligencia!  
¿I pensabas, infame, que un momento  
Yo en silencio i cobarde te escuchara?  
Oh, noble monseñor! Oídme atento:  
Cuando un traidor infame,  
Sea de estirpe mísera o preclara,  
Comete acciones de tan ruin bajeza,  
Todos tienen derecho  
A escupirle en la frente su vileza,  
Y con la espada, el hacha o el cuchillo  
Despedazarle sin piedad el pecho.  
Y pues ya castigarte al cielo plugo,  
Oh, marques, tu lacayo  
Va a convertirse ahora en tu verdugo!

LA REINA. ¡Qué! ¿le vais a matar?

RUY BLAS.

Siento, señora,

Cumplir delante vos esta sentencia,  
Pero es preciso que esto acabe ahora.

A don Salustio, empujándole al gabinete.

Venid i a la divina Omnipotencia  
Pedid vuestro perdon...

D. SALUST.

Pero es un crimen...

RUY BLAS. Ah! ¿eso crees?

D. SALUST.

Al ménos dadme una arma...

RUY BLAS. Tú te burlas, marques! ¿cómo es posible  
Que con sus criados un marques se bata?  
Ah! yo soi un criado a quien se azota,  
Pero un criado que se venga i mata!  
Sí! te voi a matar! En este encierro  
Vas a verter tu sangre gota a gota,  
Como muere un infame, como un perro!

LA REINA. ¡No le mateis! De gracia un testimonio!...

RUY BLAS. Señora, cada cuál aquí se venga;  
Salvar no puede el ángel al demonio.

LA REINA. ¡Piedad!

D. SALUST. ¡Favor! Socorro!

RUY BLAS. Levanta la espada,

¿Has acabado?

D. SALUST. Que Dios sea testigo...

Ruy Blas le empuja al gabinete.

Demonio! me asesinas!

RUY BLAS. Te castigo!

La Reina da un grito. Despues de un momento de silencio aparece Ruy Blas, pálido,  
sin espada.

#### ESCENA IV.

LA REINA—RUY BLAS.

Ruy Blas da algunos pasos vacilando hácia la Reina, inmóvil; luego cae de rodillas.

RUY BLAS. Ahora dejad que os diga  
En tan solemnes instantes...  
Oh! dejadme hablaros ántes  
Que vuestra voz me maldiga,  
Sí, yo sé que mi traicion  
Debe seros mui horrible;  
¡Oh! pero si es imposible  
Poder dar esplicacion...  
¡Nó! yo no soi un bandido!  
¡Nunca el crimen me ha manchado!  
Señora, yo soi honrado,  
Pero el amor me ha perdido!  
No me defiendo; entre tanto

La falta está consumada,  
Remediar no puedo nada...  
¡Pero si os amaba tanto!

LA REINA. ¡Caballero!...

RUY BLAS. Perded miedo,  
Que a vos no me acercaré...  
Oidme... os explicaré...  
¡Aún salvaros yo puedo!  
Hoi todo el día he vagado  
Por la ciudad como un loco...  
Pero aun he sufrido poco  
Para el mal que os he causado.  
Os he querido salvar  
I os vengo a perder así...  
¡Dios mio, piedad de mí!  
¡Mi corazon va a estallar!

LA REINA. ¿I en fin, qué quereis?

RUY BLAS. De rodillas

No mas,  
¡No mas que vuestro perdon!

LA REINA. ¡Jamás!

RUY BLAS. ¡Tan pura pasion!...

LA REINA. ¡Basta ya!

RUY BLAS. Se levanta i va lentamente a la mesa.

¡Jamás?

LA REINA. ¡Jamás!

RUY BLAS. Toma el frasco colocado en la mesa i lo vacia de un trago.  
¡Estinguete, pobre llama!

LA REINA. Corriendo hácia él  
Qué haceis?

RUY BLAS. ¡Todo ha concluido!  
¡Ah! vos me habeis maldecido!  
No maldice quien bien ama,  
I yo os bendigo al morir.

LA REINA. ¡Don César!

RUY BLAS. ¡Oh! i pensar  
Que me llegásteis a amar!  
¡I tanto amor maldecir!  
Pero al fin... nada reclamo...

LA REINA ¡Siento la muerte en el pecho!  
¡Oh, César! qué es lo que has hecho!  
¡Yo te perdono, yo te amo!  
¡César!

RUY BLAS. ¡Me llamo Ruy Blas!

LA REINA. ¡Sí, Ruy Blas, yo te perdono!  
¡Pero habla! ¡responded! dí,  
¿Era eso un veneno?

RUY BLAS. ¡Sí!  
Pero muero sin encono!  
Muero feliz i orgulloso  
Con el corazon ufano...  
Oh, gracias, Dios soberano,  
Pues permitiste piadoso  
Que este ángel de bondad  
Endulzara mi tortura  
Viviendo, con su ternura,  
Muriendo, con su piedad!

LA REINA. ¡Oh, Dios! ¡yo le eché al abismo!  
¡Yo te amo! ¡siempre te he amado!  
¿I si hubiése perdonado?

RUY BLAS. ¡Hubiera hecho lo mismo!

Su voz se estingue. La Reina le sostiene en sus brazos.

Llegado habia mi hora...  
¡Adios! huid... sí... ligero...  
Nada se sabrá... ¡yo muero!

Cae.

LA REINA. Arrojándose sobre él.

¡Ruy Blas!

RUY BLAS. Que iba a morir, se incorpora al oírse llamar por la Reina.

¡Ah!... gracias... señora!



1 Libro  
5 Folletos

